

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

POR LA BOCA MUERE EL PEZ,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1858.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falcelo.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa María.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

POR LA BOCA MUERE EL PEZ,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA EN FRANCES POR MR. DUMANOIR,

CON EL TÍTULO DE **LES FEMMES TERRIBLES,**

Y PUESTA EN CASTELLANO

POR DON ANGEL MARIA DACARRETE.

Estrenada en el teatro del Circo, á beneficio de la primera actriz doña Teodora Lamadrid, el dia 2 de Junio de 1858.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

PERSONAJES.	ACTORES.
BALBINA	D.ª TEODORA LAMADRID.
EUGENIA	D.ª AMALIA GUTIERREZ.
CLARA	D.ª JOSEFA HIJOSA.
ROMAN	D. JOAQUIN ARJONA.
EL CONDE	D. JULIAN ROMEA.
D. BUENAVENTURA	D. MARIANO FERNANDEZ.
LEON	D. VICTORINO TAMAYO.
D. VENANCIO	D. PEDRO SOBRADÓ.
FABRICIO	D. LUIS CUBAS.
ANTONIO	D. MARIANO SERRANO.

El primer acto en Madrid.—Los dos restantes en una quinta de Carabanchel.

ACTO PRIMERO.

Un gabinete en casa de Roman. Puerta en el fondo, que deje ver la sala. A la izquierda, en primer término, la chimenea, y delante de ella un canapé que da frente al espectador. A la derecha otro canapé, arrimado á la pared. Butacas, sillones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA, *sola, sentada en el canapé y con la vista fija en un reloj que habrá sobre la chimenea.*

¡Ya van á dar las cuatro! ¡De seguro no viene un alma! (*Se vuelve hácia la ventana, y despues coge un periódico que habrá sobre un velador, y pasa la vista por él.*) ¡Qué tiempo tan hermoso! ¡Mire usted que no poder salir de casa, hoy que es dia de carreras de caballos! ¡Todo el mundo estará en la Casa de Campo! ¡Todó el mundo, menos yo, que estoy condenada *á hacer el vis-à-vis* á este reloj, que parece burlarse de mí cada vez que da una hora! (*El reloj da las cuatro.*) ¡Muchas gracias! (*Inclinando la cabeza*) ¡Qué á tiempo estuvo para no desmentirme!... ¡Mal haya la ocurrencia que tuve al volver de Paris el último otoño, de decir que recibiria todos los jueves! Durante los meses de invierno nadie ha faltado; pero en un jueves de primavera y habiendo

carreras de caballos, ni aun los invitados á comer parecen. ¡Nada! Se habrán ido todos al hipódromo á lucir sus galas y sus trenes, diciendo para sí: «ella está en su casa; que nos espere.» (*Tocan á la puerta del fondo.*) ¡Ah! ya ha venido un alma caritativa! (*Se arregla delante de un espejo.*) Adelante. (*Sentándose con coqueteria y sonriendo.*)

ESCENA II.

DICHA, ROMAN.

ROM. (*Parándose en el fondo y anunciándose en voz alta.*) El señor don Roman de...

EUG. ¡Toma! ¿Eres tú?...

ROM. Yo mismo, en persona. ¿Qué es esto? ¿Con tal desagrado recibe usted á su marido?

EUG. ¡Con desagrado! (*Cogiéndole las manos cariñosamente.*)

ROM. Digo mal, con extrañeza; extrañeza que yo á la verdad no extraño, porque tú esperabas al oir tocar á esa puerta, tener ocasion de emplear tus afanes en el tocador y el acopio de noticias y observaciones que habrás hecho para mantener la conversacion, ¡y te encuentras conmigo! conmigo, que al volver de la Bolsa supe por Antonio que no ha venido nadie, y entro para hacerte una visita de limosna.

EUG. ¡Dios se la pague á usted, señor mio!

ROM. Estás lo mismo ni mas ni menos que un diputado que pasa la noche aprendiendo su discurso de memoria, mientras que el presidente del consejo firma el decreto que cierra las puertas de la cámara al otro dia.

EUG. Muy bien. Pues sepa usted que doy todo por bien empleado, en cambio de la limosnita que usted me da. Pero no la dé usted á medias; venga, pues, y siéntese aqui, á mi lado! (*Procurando hacerle sitio en el canapé.*)

ROM. Eso no es fácil: hoy la moda ha decretado la separacion de sexos: el miriñaque establece de hecho el divorcio que no reconocen nuestras leyes; y para acercarse á su mujer necesita un marido salvar mas trincheras que los aliados para tomar á Sebastopol.

EUG. ¡Burlon!

ROM. Ademas que no es necesario que te esfuerces en vano

por hacerme sitio: si no me siento no será por no tener en dónde. (*Señalando la sala vacia.*) A lo que parece, tienes recepcion de butacas y sillones.

EUG. ¡Uf! Dos horas hace que estoy en diálogo con ellos. Gracias á Dios, á mediados del mes que viene dejaremos á Madrid, y no seré yo quien en la próxima temporada señale un dia fijo para recibir ni dar comidas!

ROM. ¡Si tal, que lo haremos! ¡Es un excelente sistema!

EUG. ¡Excelente!

ROM. ¡Pues no! Somos esclavos, un dia en la semana, de nuestros amigos y conocidos; pero en cambio pasamos el resto en libertad. ¿Qué mas quieres? Ya ves, Dios con ser Dios, trabajó seis dias y descansó uno. ¿Tendrás valor para quejarte, tú, que trabajas uno y descansas seis?

EUG. No digas locuras. Pero ¿por qué no habrá venido hoy nadie?

ROM. Por lo hermoso que está el dia. El sol te hace la oposicion, y parece que gana todos los votos. Pero quizás venga alguien todavia: son poco mas de las cua tro, y por si acaso... (*Empieza á trastornar todos los muebles.*)

EUG. ¿Qué estás haciendo?

ROM. Evitar al que venga el disgusto de conocer que ha sido el primero, lo que nunca es agradable. ¿Ves? Ya parece que esas sillas y butacas estan hablando entre sí. Cualquiera que entre se figura hasta que ha estado aquí Balbina.

EUG. ¡Pobre Balbina! Le tienes declarada la guerra.

ROM. ¡Yo! ni por pienso. Digo simplemente que habla mas de lo debido, y eso no me lo negarás.

EUG. ¡Pero es tan linda, tan buena! (*Roman afirma lo primero y mueve la cabeza con aire de duda al oir lo segundo.*) Pues mira que viene á comer hoy.

ROM. Me alegro. Te ayudará á hacer los honores... de la conversacion.

EUG. Viene tambien don Venancio.

ROM. Lo celebro. Ese hará honor á nuestro cocinero: hablará poco, despacio, y dirá siempre lo mismo; pero comerá mucho, deprisa, y por variar no perdonará plato.

EUG. Su hija...

ROM. Como columbre que Antonio ha jugado á la loteria, le pone ojos tiernos, cuando vaya á cambiarle el cubier-

to, por si le cae el premio grande.

EUG. ¡Pobre chica!

ROM. ¡Qué pobre! Una niña de diez y seis años, cuyo padre es casi tan rico como inaguantable de puro pesado, y sabe de memoria los capitales de todos los solteros de Madrid, que no es poco saber.

EUG. Es verdad.

ROM. ¡Ah! se me olvidaba decirte que don Buenaventura me ha escrito que ni él ni su cónyuge pueden venir.

EUG. Ya sé que se van mañana á Carabanchel. Pero vendrá tu amigo Leon.

ROM. Me dijo el lunes en el Casino que no faltaria. ¡Ah! y un nuevo convidado. ¡Qué cabeza la mia! ¡No te he dicho nada!

EUG. ¿Uno nuevo?

ROM. Si, un lord inglés.

EUG. ¿Un lord?

ROM. El conde...

EUG. ¿De qué?

ROM. No lo sé.

EUG. ¿Pero se llama?...

ROM. ¿Pues no digo que lo ignoro? Sé únicamente que ha nacido en Inglaterra, ó en Escocia, ó en Irlanda...

EUG. ¿Y le has invitado á comer por su calidad de súbdito de la reina Victoria?

ROM. ¡Cá! Atiéndeme. Entré anoche en el palco de mi consocio Fernandez, y tropecé allí con un señor muy grave y muy rubio, á quien Fernandez llamaba conde, con una palabra por aditamento que solo el diablo ó quien sepa inglés puede retener en la memoria. Me enteré allí de que este señor, que recibió una herida en el pecho, en el ataque de Balaklava, aconsejado por los médicos que respirase los aires del mediodia, y conociendo á palmos la Italia, hace nueve meses que recorre nuestro pais llevando dos ó tres de permanencia en Madrid.

EUG. ¿Y qué?...

ROM. No he concluido. ¡Qué buena ocasion! exclamó la mujer de Fernandez, el señor de quien es banquero mi marido, añadió, señalando al inglés, desea establecerse en Madrid por algun tiempo. ¿No tiene usted vacia una de sus casas, Roman?

EUG. Calle de Alcalá, número 34, cuarto principal.

ROM. Tal fué mi respuesta. Fernandez hizo la descripcion de la casa como ella merece, y el inglés, que sabe español, y yo, celebramos el contrato de alquiler del cuarto en cuarenta mil reales, que me ofreció adelantados, lo que yo rehusé por supuesto.

EUG. ¿Y entonces?...

ROM. Entonces me dijo que pasaria hoy á ver el cuarto: me pareció urbano y conveniente recibirle en él; lo hemos visto juntos, accedí á que se derribase un tabique, para lo que me pidió permiso; me invitó á comer con él, le contesté que no me era posible por ser dia en que recibiamos algunos amigos, y aceptó la propuesta que le hice de presentártelo viniendo á comer con nosotros.

EUG. Pero ¿no cambiaron ustedes tarjetas?

ROM. Si tal; anoche mismo. Por cierto que he perdido la suya.

EUG. ¡Bueno está!

ROM. No te apures: daria lo mismo que la conservase; yo la estuve mirando un buen rato y saqué en limpio que el apellido del tal señor lo forman una porcion de letras que no sé como suenan.

EUG. ¡Ya! pero si conservases la tarjeta, Balbina, que sabe inglés, nos lo diria.

ROM. Verdad es, no me acordaba yo de que Balbina, por hablar, habla todas las lenguas de Europa. ¡Pero, calle! Tenemos un medio seguro de saber cómo se llama.

EUG. ¿Cuál?...

ROM. Él hará que lo anuncien.

EUG. Si, ¡bien pronunciará Antonio un apellido inglés!

ROM. Por aproximacion podremos....

ANT. (*Desde el fondo.*) El señor don Leon Montero.

ROM. Que pase adelante. (*Váse el criado.*)

EUG. Recíbele tú.

ROM. ¿Y tú?...

EUG. Voy á hacer que pongan cubierto para nuestro convidado anónimo, y á dar otras disposiciones. Vengo al instante.

ESCENA III.

ROMAN, LEON.

LEON. Buenos dias, Roman.

ROM. ¿Estás bueno?

LEON. Perfectamente. A tí no hay que preguntarte. Tu cara lo dice. ¿Y Eugenia?

ROM. Ahora vendrá.

LEON. Pero ¿no está indispuesta?

ROM. ¡Cá! ¡Yo no le permito á mi mujer que se indisponga! Veo que madrugas; eres el primero que llega.

LEON. Si, pero vengo á pedir que me excuseis: no puedo comer con vosotros.

ROM. ¿Cómo? ¿Vas á comer con algunos amigos? ¿Tenemos *banquete de solteros*?

LEON. ¿Os faltaria yo por semejante motivo? Ademas que hace ya tiempo que no como sino en mi casa. Ya ves, hoy no solo no he ido á las carreras de caballos, sino que he rehusado acompañar á mis antiguos camaradas en esta fiesta que fueron á buscarme.

ROM. ¡Hombre! explícame...

LEON. Voy á hacerlo, comenzando por pedirte que me perdones el haber guardado de tí por largo tiempo un secreto; falta que excusa nuestro diverso estado y género de vida, aunque seamos siempre tan buenos amigos como cuando niños.

ROM. ¡A ver! ¡á ver! Sentémonos. (*Lo hacen. Pausa.*)

LEON. Roman... voy á casarme.

ROM. ¡Cuerno!

LEON. ¿Qué?

ROM. Digo mal. ¡Zape! ¡Caramba! una exclamacion cualquiera.

LEON. ¿Pero tú repruebas?...

ROM. De ningun modo; mas una noticia como esa, disparada á boca de jarro, ¿á quién no sorprende?

LEON. No creas que mi casamiento es una boda improvisada. Te explicaré, supuesto que estamos solos...

ROM. Espera. (*Entreabre la puerta del fondo y mira hácia fuera.*)

LEON. ¿Qué haces?

ROM. (*Volviendo.*) Observar si escucha algun criado.

LEON. ¡Qué disparate! ¿Habian de ir?...

ROM. ¡Toma! ¡Toma! Se conoce que no sabes lo que son los criados; son espias pagados, alojados y mantenidos.

LEON. ¿Por qué diablos se te ocurre?...

ROM. Porque tengo pruebas.

LEON. ¿De veras?

ROM. Mira, escojo una entre mil. ¿Usas tú calcetines de lana?

LEON. ¡Yo!

ROM. Si, comprendo que no los uses, porque no es una cosa muy seductora ni muy poética.

LEON. En efecto, no veo en ello un átomo de poesia.

ROM. Pero es muy higénico en invierno, y por eso los uso yo.

LEON. Haces muy bien.

ROM. Y muy mal, los que van pregonizando de qué tela son mis calcetines; porque esta es una costumbre íntima y personal, y con mis costumbres íntimas y personales solo tenemos que ver yo y...

LEON. Tu mujer.

ROM. ¡Pues!

LEON. ¿Pero qué?...

ROM. Que anoche en el teatro, con ocasion de reparar la señora de Fernandez en el calzado de malla del primer galan, me estuvo zumbando media hora los oidos sobre que era yo tan aprensivo que usaba calcetines de lana hasta en verano.

LEON. ¿Y tú crees?...

ROM. Que á ella se lo ha dicho su doncella, á quien se lo ha dicho la de mi mujer que lo sabe por mi ayuda de cámara.

LEON. ¡Bah! ¿Y aunque asi fuere, por eso?...

ROM. No señor: ha habido revelaciones mas graves.

LEON. ¿Cómo?

ROM. Hará cosa de cuatro meses que supe que iba á ser comprendida en el derribo de la puerta del Sol una casa, cuyo dueño no lo sospechaba: como el estado no paga mal las indemnizaciones y la casa era vieja, me determiné á comprarla, hablando solamente con Eugenia de la noticia del derribo; dí algunos pasos con buen éxito, y el dia en qué pensé que iba á cerrar el contrato, me dijo el dueño de la finca, que preferia ser indemnizado por el gobierno á venderla. ¿No te parece? Es evidente que algun criado escuchó lo que dije á mi mujer y lo

divulgó por la villa hasta llegar á oidos del propietario, haciéndome perder cuatro mil duros de una mano á otra.

LEON. Pero hombre, ¿quién sabe si por otro conducto?..

ROM. ¡Cá! Pero vamos, vamos á tu historia.

LEON. Se reduce á muy pocas palabras. Sabes que hace dos años estuve en Andalucia y pasé la primavera en Sevilla; pues bien, no fué solo su dulce clima, tan dulce para los que habituados á vivir en Madrid no conocemos término medio entre la temperatura del polo y la del ecuador, no fueron solo las orillas de aquel rio, tan cantadas por los poetas y tan pisadas por las gracias; quienes retardaron mi vuelta á la córte por mas de tres meses, no, fué...

ROM. Una andaluza...

LEON. Justo.

ROM. De ojos negros, con una mata de pelo como la endrina...

LEON. Ni por pienso: de ojos azules y cabellos castaños.

ROM. ¡Pse! lo concibo: á mí tambien me gustan de todos colores; es decir, me gustaban cuando soltero.

LEON. Qué tal la impresion que me causó esta mujer, me transformó de tal manera, que viéndola casi diariamente en casa de mi banquero, de quien era grande amigo su padre, jamás le dije *esta boca es mia.*

ROM. ¡Calle! Pues tú nunca has pecado de corto.

LEON. ¡Ahí verás!

ROM. Pero estabas...

LEON. ¡Estaba... enamorado!

ROM. Y...

LEON. Y no se me ocurria decirle mas que «la quiero á usted »con toda mi alma, dígame usted si me quiere, y va»mos á casarnos por la posta,» por lo que resolví tomar la idem y tornarme á Madrid, porque las ideas de *matrimonio* y *expiacion* unidas al encogimiento, al desconcierto que me inspiraban la pureza de aquella niña y mi propio amor, me convertian en el hombre mas estúpido del mundo. Conocí que estaba en ridículo y toqué retirada. Durante nuestra separacion...

ROM. Se le acercó un tontifátuo, le dijo con la lengua «usted es preciosa», y con la mirada «yo soy hermosísimo» y á los dos dias aseguraban sus amigos con pruebas, que ella le idolatraba.

LEON. ¡Qué disparate!

ROM. Pues eso se deduce de lo que llevas dicho.

LEON. Pero una mujer de talento...

ROM. Si es mujer...

LEON. Si no suprimes las observaciones, suprimo la historia.

ROM. No chistaré. Adelante.

LEON. De vuelta á Madrid seguí mis antiguos hábitos, que nunca me han dado mas fruto que interminables horas de *spleen* y compromisos amorosos, fecundos solamente en disgustos y remordimientos.

ROM. ¡Qué estilo! (*Leon le indica que no le interrumpa.*) Callo.

LEON. Pero, á pesar mio, el recuerdo animado de mi sevillana, que no me dejaba un momento, parecia reconvenirme por mi vida tan monótona, y tan estéril para el bien, me oscurecia el entendimiento y hasta me trababa la lengua, cuando usurpando al diablo su oficio, intentaba sacrificar á un capricho pasajero todos los deberes de una pobre mujer.

ROM. Pero, á pesar de tu *recuerdo*, no dejarias de convencer...

LEON. ¡A algunas, por desgracia!

ROM. ¡Pues no!

LEON. ¡Para defender una mala causa!..

ROM. Nunca faltan razones, y como el fallo dependa de una mujer es casi seguro el triunfo. Pero, sigue.

LEON. Empeñado en vencer los escrúpulos de una, de la esposa de...

ROM. De don Fulano de Tal. El nombre de un marido en jaque se calla siempre.

LEON. Obtuve de ella una cita hará cosa de dos meses.

ROM. ¡Una cita!

LEON. Al aire libre.

ROM. ¡Ah!

LEON. Concertamos que yo la esperase al caer la tarde (que por cierto era muy fria) en la calle de árboles que termina el paseo de la Castellana; ella dejó su berlina en la glorieta del Cisne y seguida del lacayo por supuesto...

ROM. ¡Excelente precaucion!

LEON. Vino hácia mí, que fingí acercarme para saludarla. Figúrate mi sorpresa cuando, apenas cruzamos dos palabras, me dijo que habia venido á salvarla del precipicio á que corria, la llegada de Sevilla de una sobrina de su marido, de.....

ROM. Don Fulano de Tal.

LEON. ¡Pues! Que ella debia servirle de madre mientras permaneciese aqui, que irian juntas á todas partes, que la presencia de su sobrina le pareceria una reconvencion perpétua de haber atendido mis palabras... ¡qué sé yo cuántas cosas mas dijo! porque yo desde el instante en que oí nombrar á Sevilla, estaba deseando que acabase para preguntarle como se llamaba su sobrina...

ROM. Que se llamaba...

LEON. Consuelo; el nombre de mi amada de Sevilla, como que era ella misma!

ROM. ¡Ella!

LEON. Ella en persona. Imagínate mi compromiso, porque lo que yo deseé en el instante fué destruir mi obra de seduccion, y la de tres ó cuatro semanas no era muy fácil deshacerla en tres ó cuatro minutos. Afortunadamente un elemento inesperado vino en mi ayuda: el miedo apareció valerosamente en la palestra á defender á la virtud...

ROM. ¿Cómo?

LEON. «¡Nos han visto! ¡Estoy descubierta!» Dijo ella tapándose la cara con las manos y apartándola de un carruaje que corria alrededor de la fuente. «No: le dije, nada tema usted, ya está muy cerca la noche; no pueden habernos conocido. «Ademas. usted está de espaldas á la glorieta.» «Es verdad, añadió; pero me he salvado por un milagro.» ¡Esto no puede seguir asi! «¡Tiene usted razon, exclamé yo! ¡No volverá usted á verme! ¡No sé lo que me he hecho! Reconozco mis faltas. Yo, que soy amigo de...»

ROM. ¡Don Fulano de tal!

LEON. Perdóneme usted, etc., etc., etc., las frases declamatorias de ordenanza que de sobra conoces.

ROM. ¡Tú, tú, tú, tú! Es decir, las conocia cuando soltero. Sigue, sigue.

LEON. Para acabar pronto, mi presunta víctima no me amaba, ni mucho menos, con lo que no hacia mas que pagarme: como yo al solicitarla cedia á la maldita costumbre que convierte á los solteros en galanteadores de oficio, ella cedia al escucharme á una fiebre de la imaginacion, excitada probablemente por la lectura de alguna novela francesa. Asi fué que, cuando pasado al-

gun tiempo, y tratando yo de desquitarme del que perdí en Sevilla, hice que me presentasen en su casa y pedí al marido la mano de su sobrina, con cuyo consentimiento contaba; ella misma, la de la Fuente Castellana, fuese por generosa expiacion, como decia, ó por lo que fuese, patrocinó de tal modo nuestros amores, que en la semana próxima, Dios mediante, me caso con Consuelo, quien sospecho que me quiere mas que un poquito, y á quien yo requiero mas que mucho.

ROM. Que sea para bien y vivais dichosos por muchos años.

LEON. ¡Dichoso viviendo con ella! Decir dichoso es muy poco decir.

ROM. ¿Conque es tan?...

LEON. Hermosa como ninguna. Pero ¿qué vale su figura en comparacion de su alma! Tiene mas talento que todas, un corazon que no es de este mundo... en fin, chico, yo no comprendo cómo pueden los hombres ni reparar siquiera en las demas mujeres.

ROM. ¡Já, já, já! Pero á todo esto no me has dicho por qué nos faltas hoy.

LEON. ¡Ah! ¡ya me olvidaba! Mi futuro padre político ha llegado ayer de Sevilla, y me han invitado á comer hoy en familia, porque mañana se marchan todos á Carabanchel, adonde les seguiré yo al otro dia.

ROM. En tal caso estás por mí excusado, y lo mismo te excusará Eu... Pero aqui está ella.

ESCENA IV.

DICHOS, EUGENIA.

EUG. ¡Adios, Montero!

LEON. Eugenia...

ROM. Haz que quiten el cubierto de Leon.

EUG. ¿Qué es esto? ¿Asi falta usted á su palabra?

ROM. Si; y en vez de reñirle dále la enhorabuena.

EUG. ¿Cómo!

ROM. Nos lo roban hoy una casi-esposa, un casi-suegro y dos casi-tios.

EUG. ¿De veras? ¿Va usted á casarse?

LEON. Si, señora, y espero que el deseo de mi felicidad me

atraerá la indulgencia de usted por mi falta de hoy.

EUG. ¡Ya lo creo! Pero ¿cómo?...

ROM. Ya te lo contaré todo. (*Ap. á Leon, que le hace una seña.*) Suprimiré lo de la Fuente Castellana.

EUG. ¡Un matrimonio! ¡Excelente noticia! ¿Debemos callarlo todavia?

LEON. Ustedes son las únicas personas á quienes lo he dicho.

ROM. Pues mucho cuidado, Eugenia; guárdate de que se te escape una palabra delante de Balbina.

LEON. ¿Balbina!...

ROM. La señora de Monteverde, el abogado.

LEON. ¡Ah, si! La conozco, aunque no he hecho mas que saludarla. Es amiga de la familia con que voy á emparentar.

ROM. ¿Y qué te han dicho de ella?

LEON. ¿Que es una mujer muy bella y elegante, lo cual salta á los ojos, y ademas muy buena esposa.

ROM. ¿Nada mas?

LEON. Nada mas.

ROM. Pues el retrato es incompleto.

EUG. No haga usted caso de Roman: sin reparar en que Balbina es una de mis mejores amigas, le profesa la mas inmerecida antipatia.

ROM. ¡Qué disparate! No niego sus prendas; pero por otro lado no puedo sufrirla. ¡Una mujer que habla tanto!..

LEON. Si habla bien, no veo...

ROM. ¡Por bien que hable! Su palabra es una locomotora sin frenos, que no para su carrera aunque descarrile. Es preciso abrirle paso, sopena de ser aplastado.

EUG. ¡Jesus! (*Incómoda.*)

LEON. ¡Já, já, já!

ROM. ¡Qué torbellino de preguntas! ¡Qué aguacero de respuestas! «Adios, Fulanita. ¿Está usted buena? ¿Y ese caballero? ¿Los niños buenos tambien? ¡Cuántos disgustos dan los hijos! Me alegro por eso de no tenerlos, aunque un matrimonio sin hijos es tan ridículo! ¡Sin embargo, para que hagan lo que el hijo de fulana ó la hija de zutana! ¿Fué usted anoche al baile de la condesa? Estuvo brillante. ¡Qué calor! ¡cuánto pollo! Hizo usted bien en no ir: no se vió en toda la noche mas que un prendido elegante. (Habla del suyo, por supuesto.) A propósito de prendidos: ¿sabe usted que los diaman-

tes de H. los ha traido R. de Paris, porque dicen que...» En fin, fusila al prójimo con sus observaciones, lo ametralla con sus juicios, y despues recoge friamente del suelo las reputaciones muertas del golpe y los nombres mortalmente heridos. Chico, si quieres guardar callado tu matrimonio, te aconsejo que no se lo notifiques hasta que bautices tu primogénito.

EUG. ¡Qué injusto y exagerado eres! Verdad es que no habla poco; pero á nadie daña con su charla.

ROM. ¡Que si quieres! ¿Ni cómo pudiera ser? Toda mujer charlatana hace forzosamente daño. Sabido es que en sociedad rarísima vez se habla de *algo*; siempre se habla de *alguien*; y como quiera que son pocas las personas á quienes se les ocurre hablar bien de sus conocidos, resulta que quien habla mucho, mucho maldice. (*A Leon.*) ¿No es verdad?

EUG. No lo crea usted. Balbina...

ANT. (*Anunciando desde el fondo.*) La señora de Monteverde.

ROM. Aqui está ella. Escápate si no quieres que adivine en tus ojos todo cuanto me has contado. (*Dándole el sombrero.*)

LEON. Adios, Eugenia.

EUG. Que sea mil veces enhorabuena.

LEON. Hasta mas ver, Roman.

ROM. Yo voy detrás de tí.

ESCENA V.

ROMAN, EUGENIA *y* BALBINA. *Leon se encuentra en la puerta con Balbina, á quien deja paso cortesmente, saliendo en seguida.*

BALB. (*A Roman desde el fondo.*) ¿Quién es este jóven?

ROM. (*Disponiéndose á salir.*) ¿Usted buena?...

BALB. ¿Cómo se llama?

EUG. Leon Montero.

BALB. ¡Ya caigo! Si, es el que dicen que va á casarse con la sobrina de don Buenaventura.

ROM. (¡No lo dije! ¡Apuesto algo á que lo sabia antes que el mismo novio!)

EUG. Quítate esto. (*Le quita la manteleta, y hablan entre sí.*)

ROM. (*Recordando su conversacion con Leon.*) (¡Calle! ¡Conque mi amigo don Buenaventura era don Fulano de tal!)

BALB. Gracias. ¿Tú buena por supuesto? ¿Y usted, enemigo mio? (*Tendiendo la mano á Roman, que se la estrecha.*) Pues es una boda excelente. El novio es guapo y tiene buena posicion, cualidad eminentísima hoy; verdad es que no será un modelo de fidelidad conyugal, pues tengo entendido que sus amorios se cuentan por cientos. La novia es inmejorable, su padre no está mal, es bonita y tiene un airecito sentimental que le vá muy bien. No tiene mas que un defecto, y es el haber sido educada en una academia inglesa, en donde no enseñan mas que á ruborizarse y á servir el té. Me dá lástima de ese pobre chico, porque en vez de casarse con una mujer se vá á casar con una tetera.

EUG. ¡Já, já, já!

ROM. Y me va á contagiar á Eugenia.

BALB. ¿Y ustedes estan buenos? Creo que se lo he preguntado ya. Pero, ¿qué hace usted ahí con el sombrero en la mano? Si tiene usted que salir, váyase cuando quiera. Con los enemigos nó se guardan cumplimientos.

ROM. Usted es un enemigo del cual no es fácil huir aunque sea uno derrotado; asi es que si no estuviese seguro de volver pronto...

BALB. Vaya usted, vaya usted. Tenemos lo que resta de tarde, y toda la noche para hacernos la guerra.

ROM. Demos pues media hora de tregua á nuestras hostilidades.

BALB. Hasta despues.

EUG. Que no tardes. (*Váse Roman.*)

ESCENA VI.

DICHAS, *menos* ROMAN.

BALB. (*Sentándose.*) ¿Sigue aborreciéndome tu marido, por supuesto?

EUG. ¡Qué disparate! Por el contrario, te quiere bien; por lo mismo que te quiere...

BALB. Murmura de mí.

EUG. ¿Quién te ha dicho tal cosa?

BALB. Él mismo. Segun él, yo no sé mas que hablar á diestro y siniestro. ¡No he visto un hombre mas exagerado! ¿Qué es lo que pretende? que llevamos á los saraos y

las visitas nuestra labor, y nos ocupemos en hacer *crochet* ó bordar pantuflas?

EUG. No tal, sino que Roman teme que sin darte cuenta de ello, lastimes la susceptibilidad de alguien al hablar...

BALB. ¿Y cómo remediarlo? ¿Sabes tú cómo componértelas para valsar en un baile muy concurrido sin tropezar con alguien? Y porque sea esto inevitable, ¿ha de pasar una toda la noche sentada en una butaca? Pues á mí me es tan imposible estar callada, como sin moverme de una silla; cuando voy á un baile, bailo, cuando voy á visitas; hablo, pero no temo tener la lengua ni los piés tan duros que lastimen á nadie muy profundamente.

EUG. Sin embargo...

BALB. Tu marido debiera enamorarse de Clarita, la hija de don Venancio, que parece la estátua del silencio. Haria un magnífico papel en la puerta de un convento de cartujos; verdad es que nunca se le ha ocurrido otra cosa que mirar todos los espejos, adorándose, ni despliega los labios mas que para preguntar si es rico cualquier hombre que vé por vez primera.

EUG. ¡Ya! pero entre esa niña, que es la mudez, y tú que eres la elocuencia, está...

BALB. Está... ¿qué?.. ¿Estás tú, no es eso? Pues bien, supuesto que en esta casa se le dice á una la verdad con tanta franqueza, voy á usar yo del mismo estilo. Todos tenemos nuestros defectos.

EUG. ¿A ver?

BALB. Tú quieres mucho á tu marido, le adoras; hasta sospecho que le admiras, á pesar de que no ha inventado, que yo sepa, ninguna reforma constitucional ni cosa que lo valga...

EUG. ¡No por cierto!

BALB. Norabuena; pero tú le amas de tal modo, que por donde quiera que vas hablas de él y no sabes hablar mas que de él. Cualquiera que sea el giro de la conversacion, te das tales mañas que consigues que venga á recaer en el susodicho señor don Roman, lo que la hace palpitante de interés para tí; pero un tanto monótona para los demás.

EUG. Es cierto.

BALB. ¿No habias reparado en ello hasta ahora?

EUG. No, á fé mia.

BALB. Pues no lo dudes. No es esto decir que yo pretenda que disminuya en un átomo el amor que tienes á tu marido. Pero toma ejemplo de mí. Yo tambien amo mucho al mio; pero le amo en familia, á solas, en casa; nunca doy parte al público de lo que no concierne mas que á nosotros; jamás se me ha ocurrido, por ejemplo, decir á nadie que el objeto de mi amoroso entusiasmo usa calcetines de lana, por consejo mio.

EUG. Pero, ¿cuándo he dicho yo semejante cosa?

BALB. El otro dia en casa de Fernandez, delante de mí.

EUG. ¡Ay! ¡es verdad! ¡Ya me acuerdo!

BALB. Ni por las mientes me pasa confesar en alta voz que soy muy celosa, que al ver las cartas que recibe mi marido, si me parece alguna de letra de mujer, me pongo pálida y trémula.

EUG. ¡Pero si me sucede asi!

BALB. Pues si te sucede, lo que debes hacer en vez de contárselo á nadie, es abrir la carta y leerla.

EUG. ¡Calla! ¿Habia yo de atreverme?...

BALB. ¿No abre Roman las cartas que vienen para tí?

EUG. Mucho que si.

BALB. Pues debes corresponderle con la misma confianza.

EUG. Oye. ¿Lees tú las cartas de tu marido?

BALB. ¡Pues no! Creo que tengo obligacion de hacerlo, y yo cumplo todas mis obligaciones.

EUG. ¿Sabes que me parece que me das un buen consejo?

BALB. ¡Quién lo duda!—¿Vienen hoy á comer don Venancio y su hija?

EUG. Si.

BALB. Pues hazme el favor de no sentarlo á mi lado.

EUG. ¿Y por qué?

BALB. Hija, porque me abruma su cortesia. ¡Es insoportable! ¡Qué hombre! Habla siempre como el final de una carta de cumplimiento; acompañando la palabra con una reverencia que le hace asemejarse á una rúbrica. Prefiero que me avecines á uno que me diga «¡hola! ¿cómo vá?», sacudiéndome la mano como á un *sportman*.

ANT. (*Anunciando desde el fondo*) El señor don Venancio y la señorita de Torres.

EUG. Aqui estan.

BALB. Ni llamados con campanillas. Verás con qué solemnidad entra. Apuesto algo á que viene de corbata blanca.

ESCENA VII.

DICHAS, D. VENANCIO *y* CLARA.

EUG. *(Saliéndoles al encuentro.)* Buenos dias, Clarita.

CLARA. Venimos temprano porque papá tenia una prisa...

EUG. Que yo le agradezco mucho. *(Eugenia lleva á Clara á un canapé y D. Venancio se dirige á Balbina haciéndole una profunda reverencia.)*

BALB. (¡Paciencia!) ¿Está usted bueno?

VEN. Agradezco á usted en el alma, señora, el interés que se toma por mi humilde salud, y le suplico que acepte la expresion del vivo reconocimiento...

BALB. (Conque tengo el honor de ser, etc., etc., etc.) ¡Qué amable es usted! *(Tendiéndole la mano.)*

VEN. No dude usted, señora, de la sinceridad de este su atento...

BALB. (Y seguro servidor que sus pies besa. Firmado. Venancio Torres. A este hombre no le falta mas que ponerle una oblea para poder echarlo por el buzon del correo.) *(Se va á sentar al lado de Eugenia: al mismo tiempo se oye la voz de Roman dentro.)*

ROM. Por aqui, señor Conde.

EUG. (¡Conde! ¡Si será el inglés!)

ESCENA VIII.

DICHOS, ROMAN, LORD STICKNESS.

ROM. *(Al Conde.)* Despues de usted. *(Saludando.)* Señor don Venancio... Señorita... *(A Eugenia.)* Te presento á mi amigo y nuestro inquilino el señor Conde... de... de... *(Al Conde.)* Mi mujer.

EUG. Estimo en mucho, caballero, que haya usted aceptado la invitacion de mi marido.

CONDE. No hay mérito, señora, en aceptar una honra.

ROM. *(Al Conde, presentándolo á Balbina.)* La señora de Monteverde, uno de los mejores abogados de España. *(Lord Stickness y Balbina se saludan.)*

VEN. Señor don Roman... *(Tendiéndole la mano, lo que él no advierte, atendiendo á Eugenia.)*

EUG. ¿Cómo se llama este hombre?

ROM. ¡Vé á saberlo! Contábamos conque se haria anunciar; pero me lo he encontrado al subir la escalera, y ha entrado conmigo.

EUG. ¡Pues estamos bien!

VEN. Señor don Roman!..

ROM. ¡Ah! (*Presentándolo al Conde.*) El señor don Venancio de Torres, antiguo jóven de lenguas y hoy rico propietario y senador por derecho propio. (*El Conde y D. Venancio se acercan á saludarse: aquel hace extremadas reverencias.*)

BALB. (*A Roman.*) ¿Cómo se llama este señor?

ROM. Es un extranjero.

BALB. ¡Me gusta la noticia! (*Roman se aparta de ella, y se acerca á D. Venancio que al verlo deja al Conde.*)

VEN. Aprovecho esta ocasion, mi señor don Roman, para hacerle presente...

ROM. (*Interrumpiéndole é imitando su tono.*) La cariñosa amistad conque no hace usted mas que pagar débilmente el acendrado afecto que me inspira. (*Va á irse.*)

VEN. (*Deteniéndolo.*) ¿Cómo se llama este señor?

ROM. (*Desasiéndose.*) Es un inglés.

BALB. ¿Hace mucho tiempo que está usted en Madrid, señor Conde?

CONDE. Hace pocos meses.

EUG. Yo tengo una idea de haber visto al señor, en los teatros y en los páseos.

CONDE. Es muy posible.

VEN. El señor Conde se complacerá en dignarse concurrir á donde puede admirar la belleza de las hijas de España.

CONDE. Seguramente.

CLARA. (*A Eugenia.*) Los lores son muy ricos, ¿no es verdad?

EUG. Mucho.

BALB. En cambio *todos los hijos de España*, como diria el señor don Venancio, estan hoy bebiendo los vientos por una extranjera.

CONDE. ¿Es posible?

ROM. ¿Cómo?

BALB. Por lady Stickness.

ROM. ¡Oh! es muy guapa.

VEN. ¡*Pulcherrima*!

BALB. ¡Pse!

EUG. ¡Y yo que no la conozco! Me han dicho que es la mujer mas hermosa que se pasea por Madrid.

BALB. Eso se dice en Madrid un mes de cada una.

ROM. (Esta va á soltar la lengua, y si el Conde conoce á esa señora, nos lucimos.) Tiene unos ojos hermosísimos.

BALB. Si, unos ojos muy grandes: si la belleza está en relacion del tamaño...

VEN. ¡Rizos de oro!

BALB. Cabellos rubios, querrá usted decir. Todas las inglesas son rubias y blancas. ¡Oh, y la blancura de esta es insoportable! ¡Parece de nieve! Pero ¡nada! por estas solas cualidades, á una señora (que podrá ser todo lo que se quiera; pero que nadie sabe quién es), los hombres la adoran como á una deidad, y las damas de Madrid estan ya disputándose quién ha de ser la primera que dé un baile á honor suyo. ¡Qué cosas se ven!

CONDE. Perdone usted, señora; pero me parece que para cerrar las puertas á la invasion extranjera se necesitan causas mas poderosas que los cabellos rubios y los ojos grandes de que nos ha hablado usted.

BALB. Tiene usted razon, pero no seria necesario trabajar mucho para encontrar esas causas. ¡Acaso las sepa quien nunca pensó en inquirirlas!

CONDE. ¿Quién, señora?

BALB. Yo, sin ir mas lejos.

CONDE. ¡Usted!

EUG. ¡Tú!

CLARA. ¡A ver!

ROM. (¡No lo dije! ¡Partió la locomotora!)

BALB. Aunque no he prometido el secreto de lo que voy á decir, porque debo el saberlo á la casualidad, yo no quisiera... y si ustedes no me dán palabra de callarlo...

EUG. Por supuesto, todos.

TODOS. Si, todos.

ROM. (¡Cómo me lo temia! ¡Eugenia está ya contagiada!)

BALB. Pues señor, hará cosa de dos meses que una tarde, en la Castellana, ya cerca de la noche, subia yo á mi carruaje que me esperaba en la glorieta, porque habia paseado un poco á pié, cuando vi bajar de una berlina á una señora que se dirigió hácia una de las calles en que termina el paseo, en donde se acercó á saludarle un jóven, con mas cordialidad que ceremonia, segun

pude distinguir desde lejos. Lo avanzado de la hora, el fresco que corria y qué sé yo qué mas, excitaban naturalmente mi curiosidad; pero no pensando ni por un momento en satisfacerla me dejé llevar á trote largo hácia Recoletos.

ROM. Pues hasta ahora...

EUG. Es verdad que...

BALB. Paso, paso. Como no le dije nada al cochero, á él se le hubo de ocurrir dar otra vez la vuelta hácia la fuente.

ROM. ¡Ocurrencias del cochero!

BALB. Y los caballos, al subir, retardaban el paso naturalmente.

ROM. ¡Pues! ¡Ocurrencias de los caballos!

BALB. Asi fué que al pasar por delante de la glorieta saqué instintivamente la cabeza por la portezuela, y vi á la misteriosa pareja empeñada en un diálogo muy vivo; dando ocasion un rayito de luna menguante, que atravesaba los árboles, á que viese á los dos perfectamente.

CONDE. ¿A los dos?

BALB. A los dos. Ella era lady Stickness.

CONDE. ¿Y él era?...

BALB. No lo conocí.

CONDE. ¿Cómo es posible que la luz de la luna le permitiese á usted conocer á lady Stickness y no al jóven que la acompañaba?

BALB. Es que yo conocí muy bien á lady Stickness al bajar de la berlina, y despues me afirmé en mi juicio, reconociendo, al verla por segunda vez, el abrigo escocés que la envolvia.

CONDE. ¡Ya! (*Con aire de duda.*)

ROM. (Pues esta historia se parece.... ¡pero qué tiene que ver!.. ¡Suceden tantas historias parecidas en la fuente Castellana!)

BALB. Espero que no dirán ustedes una palabra...

EUG. ¡Qué locura!

VEN. ¿Quién osaria?..

ANT. (*Desde el fondo, anunciando.*) Los señores barones del Valle, la señora de Menendez, los señores...

EUG. Que pasen á la sala.

ROM. Sí, mejor es.

EUG. Vamos. (*Se levantan todos y se dirigen al fondo, en donde Eugenia y Roman reciben á algunos convidados que lle-*

gan, haciéndoles pasar al interior: en el momento en que Balbina se dispone á seguir á los demás, el Conde le sale al paso y la detiene.)

CONDE. Permítame usted, señora. ¿Quiere usted que hagámos un pacto?

BALB. ¡Un pacto!

CONDE. Muy sencillo. Déme usted á conocer el amante de lady Stickness y le daré á usted á conocer el marido.

BALB. ¡Pretension mas extraña!

CONDE. Es un contrato igual para ámbas partes: y yo, que me precio de ser muy leal en materia de negocios, seré el primero que pague. El marido, señora, soy yo.

BALB. ¡Usted! ¡Usted es!...

CONDE. El marido de la condesa de Stickness.

BALB. ¡Conque es decir que he caido en un lazo! Permítame usted que le diga que tal proceder.... Debiera usted haberme advertido...

CONDE. ¿Quiere usted decirme el nombre de ese jóven, señora?

BALB. No le conozco.

CONDE. ¿Pintarme su figura?

BALB. No la reparé.

CONDE. ¿Darme una seña, un indicio cualquiera?

BALB. No tengo ninguno. ¡Si yo pudiese recoger mis palabras!..

CONDE. Muy bien. Sabia de antemano que me contestaria usted de este modo; pero no pierdo la esperanza de que satisfaga mi justa curiosidad. Tendré el honor de ver á usted mañana.

BALB. ¿Mañana?

CONDE. Y pasado mañana.

BALB. ¿Cómo?

CONDE. Y el dia siguiente, y todos, hasta que usted quiera contestarme.

BALB. Señor mio, ¿usted olvida que no es un hombre á quien tiene delante?

CONDE. Ni por pienso. Si fuera un hombre ya hubieramos concertado los medios de batirnos para matarlo, lo cual estorbaria que me revelase lo que deseo saber; pero tratando, por mi fortuna, con una señora jóven y hermosa como usted, tengo otras armas mas seguras para vencer.

BALB. ¿Y qué armas son esas?

CONDE. ¿Quiere usted decirme ese nombre, señora?

BALB. No lo sé.

CONDE. ¿No?

BALB. No: y aunque lo supiese no se lo diria á usted nunca.

CONDE. Esperaré, señora. (*Habrá pasado un criado por el fondo y á poco se ven cruzar por él á los convidados en direccion al comedor, Balbina repara en ellos, á tiempo que Roman y Eugenia entran en la escena.*)

BALB. (¡Ea! ¡y ahora siéntese usted á la mesa! ¡Yo no puedo! Diré que me ha dado jaqueca!) (*El Conde la observa atentamente.*)

EUG. Señor Conde...

CONDE. Dispense usted, señora, me tenia distraido un amago de jaqueca que siento.

BALB. (Este hombre es brujo. Me ha robado mi pensamiento.)

EUG. ¿Quiere usted?...

CONDE. Ello pasará. (*Dándola el brazo y dirigiéndose al fondo.*)

BALB. (No chistaré durante la comida y me pondré mala á los postres.)

ROM. (*Ofreciéndole el brazo.*) Balbina...

BALB. ¡Ah! (*Se coge del brazo de Roman y siguen á la otra pareja.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin de una casa-quinta de Carabanchel. Un pabellon circular, abierto por todas partes, dejando ver mucho arbolado. A la derecha, en el exterior, una estufa, que se prolonga en perspectiva. A la izquierda los primeros peldaños de una escalera que conduce á la casa. A la derecha, en el interior y en primer término, un velador y dos sillas de jardin: á la izquierda un banco, en medio un grupo de macetas, y delante tres sillas. Sillas y bancos, hácia el fondo, en el jardin.

ESCENA PRIMERA.

D. Venancio, Clara, Leon. *D. Venancio y Clara estan sentados cerca del velador, teniendo ella un libro y él un periódico. A Leon se le vé en el fondo, agitando el pañuelo, como si despidiese á alguien.*

Leon. Muy buenos dias.

Ven. (*Levantándose.*) Sr. de Montero...

Leon. No se moleste usted. ¿Qué lee usted? (*A Clara.*)

Clara. La *Guia de Forasteros.*

Leon. (¡Comprendo! ¡Está buscando un novio entre los servidores del Estado!) (*A D. Venancio, que deja el periódico sobre un velador.*) Siga usted leyendo.

Ven. De ningun modo: aunque no bastase para robar mi atencion y deleitar mi ánimo la amable presencia de

usted...

LEON. (*Interrumpiéndole y señalando al periódico.*) Pero concluya usted...

VEN. Estaba leyendo los anuncios, que nunca leo otra cosa. La libertad de la prensa, al par que evapora la antigua cortesania amenaza disolver los elementos componentes del organismo social, y yo...

LEON. ¿Y por qué no ha acompañado usted, Clarita, á esas señoras á Madrid?

CLARA. No me gusta ir á las tiendas. Se le antoja á una todo lo que vé, y ademas los mercaderes tienen un modo de mirar, que cualquiera que pase puede creer que estan enamorando á una.

LEON. (Que me emplumen si no rabia esta niña por casarse con un viejo asmático, con tal que sea rico.)

VEN. ¿Luego esas señoras?...

LEON. Han ido á Madrid á terminar las compras del ajuar de novia; por lo que pienso que no volverán hasta la noche, porque este es negocio que roba mucho tiempo á las damas.

CLARA. Ya lo creo: la eleccion de un buen *trousseau* es mas difícil que la eleccion de un buen marido.

LEON. ¡Por supuesto que si!

VEN. ¿Conque es decir, señor, que ese himeneo que debe colmar á usted de felicidad...

LEON. Si, señor, me caso el lunes próximo sin falta; y me caso aqui, en el campo. Todos los criados y dependientes de esta quinta participarán de mi alegria, que podré mostrar francamente, sin el embarazo de las ceremonias sociales que me abrumarian en la córte.

VEN. Permitame usted, mi señor don Leon, que le haga presente mi cordial enhorabuena por el solemne acontecimiento que es para usted el evidente presagio del mas venturoso porvenir.

LEON. (¡Uf!) Mil gracias, mil gracias. (*Dándole la mano.*)

CLARA. ¿Y Eugenia?

LEON. Ha ido tambien á Madrid, pero se vuelve al instante.

CLARA. ¿Y ha dejado aqui á su marido?

LEON. Si; volverá acompañada de su doncella. ¿Cómo hubiera podido ir Roman? Pues qué, ¿ustedes que hace ocho dias que estan en esta quinta, ignoran que en los seis primeros no puede uno librarse de la compañia de mi

futuro tio? Roman llegó ayer tarde; conque figúrese usted si le quedarán por enseñar aun á don Buenaventura flores y animalitos. A usted creo que le ha enseñado hasta el corral. (*A D. Venancio.*)

VEN. Asi es; y he visitado con el mas vivo interés sus gallináceos y sus palmípedos.

ESCENA II.

DICHOS, ROMAN, D. BUENAVENTURA. *El segundo traerá en la mano una macetita de flores.*

BUEN. (*Hablando con Roman.*) Pues si, señor. El año que viene haré fabricar una estufa húmeda, para todas las plantas que nacen á orillas de los pantanos.

ROM. Muy bien hecho. (Tengo una indigestion de flores.)

BUEN. Pero mire usted, mire usted. Azul claro con vetas rosadas... ¡qué variedad tan rara!

ROM. Si, si: ¡es un cactus magnífico!

BUEN. ¡Hombre de Dios! ¡qué cactus, si es de la familia de las campanulas!

ROM. (¡Me lucí!)

LEON. Si, afánese usted por enseñarle sus flores á Roman: se conoce que es inteligente.

ROM. Prueba de que lo soy, es que he dicho que es magnífico.

BUEN. ¡Es verdad!

VEN. Es un corolario perfectamente lógico.

ROM. ¡Ya lo creo! ¡Pues soy yo poco afecto á las flores! ¡Como que es la aficion mas dulce de todas, la mas pacífica, la que causa mas blandas emociones!

BUEN. Es la pasion de las almas buenas.

LEON. Como la mania de medallas y monedas antiguas, ó como...

BUEN. (*Sentándose.*) Niego. Un numismático no puede ser nunca un hombre dichoso. Está formando una coleccion de emperadores romanos, le falta para completarla una moneda de Calígula, y héte aqui que mi hombre no puede sosegar ni vivir. Cuando menos lo piensa sabe que su codiciado Calígula está en venta; corre al lugar que le indican, dispuesto á gastar toda su fortuna para

adquirirlo, y se encuentra conque otro arqueólogo le ha ganado la vez, birlándole el Calígula. Y como no es fácil encontrar otro, figúrense ustedes la desesperacion de mi hombre. Casi todos los numismáticos mueren de apoplegia ó devorados por irritaciones internas. ¡En cambio el amor á las flores dulcifica el corazon, templa la fantasia! ¡Es un goce que está al alcance de todos; es una pasion que para ser satisfecha no exige mas que un cuidado constante, una cariñosa solicitud, tierra bien preparada y abundante riego!

ROM. (Esto es un curso de floricultura en forma de homilia.)

VEN. ¡Y esas blandas impresiones cuadran tan bien al carácter de usted!..

ROM. Es cierto: don Buenaventura es la personificacion de la calma, de la quietud, del reposo...

VEN. ¡Es el símbolo de la serenidad olímpica!

BUEN. Si, amigos mios; yo profeso esta máxima: La ventura consiste en la tranquilidad. Ya saben estedes lo que dice aquel poeta, no recuerdo si persa ó indiano: «Es mejor estar sentado que de pie; mejor acostado que sentado...»

ROM. (*Concluyendo la frase.*) «Mejor muerto que vivo.»

BUEN. No digo yo tanto. Los poetas orientales todo lo exageran.

ROM. Usted se limita á adorar la calma, á practicarla; pero no quiere identificarse con ella.

BUEN. Eso es.

ROM. Asi vive usted tan retirado de la política, de las intrigas... ¿No juega usted?...

BUEN. Ni siquiera al tresillo: ¡las emociones del juego!...

ROM. A la Bolsa queria decir.

BUEN. ¡A la Bolsa! *¡Vade retro!* ¡Me causaria la muerte! No digo eso; pero jamás entro en ningun negocio aventurado, por temor de las emociones que excita, y me contento con sacarle á mi dinero un veinticinco por ciento...

ROM. Que es un interés tranquilo.

BUEN. Cuando resolví casarme pude escoger entre una multitud de jóvenes bellas, ricas, notables... pero nerviosas, y elegí una esposa tranquila, con el objeto de tener hijos tranquilos...

VEN. Que no ha tenido usted.

ROM. Lo cual es infinitamente mas tranquilo.

BUEN. ¡Pues! Soy un hombre á quien todo le sale á pedir de boca.

VEN. De lo que nos felicitamos, señor don Buenaventura, todos cuantos estamos unidos á usted por el sagrado vínculo de la amistad. (*Pasa al jardin, en donde estarán há ya rato hablando Leon y Clara.*)

ROM. (*Tomando el brazo de D. Buenaventura y paseándose con él.*) Me parece, amigo mio, que ha faltado usted á sus principios al casarse.

BUEN. ¿Cómo?

ROM. Indudablemente. Usted no juega á la Bolsa por huir de las grandes emociones; pues yo tengo para mí que el matrimonio es á la felicidad lo que la Bolsa al dinero... Hay algunos maridos millonarios; pero las tres cuartas partes de ellos se arruinan.

BUEN. ¡Qué! ¿Es que quiere usted prevenirme, asustarme?

ROM. ¡Guárdeme Dios! ¡Como si hubiera por qué!

BUEN. Es que solamente la idea... (*Muy conmovido.*)

ROM. ¡Y la calma, la tranquilidad!...

BUEN. Si: vamos á ver el estanque nuevo, en que tengo peces de...

ROM. Gracias. Lo he visto ya. (¡No me faltaba mas que una toma de piscicultura, tras de la que he tragado de botánica!) Ademas tengo que ir á esperar á Eugenia... (*Mira el reloj.*)

BUEN. Me llevaré á don Venancio, que no lo ha visto. (*Se dirige á ellos.*)

ROM. (Tengo tiempo todavia.)

BUEN. ¿Vamos? (*Ofreciendo el brazo á Clara.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS, FABRICIO, *saliendo de la casa.*

FAB. Señor...

BUEN. ¿Qué?

ROM. ¡Hola! Este es aquel criado que todo lo equivocaba. Buen amigo, ¿sigues embrollándolo todo, como el dia en que fuiste á mi casa para decirme que tu señor esperaba al barbero?

BUEN. Y al barbero le diria que le tocaba aquella noche el turno en el Teatro Real. Pero no sigue asi, ha progre-

sado en esto de equivocar los nombres y cambiar las direcciones.

ROM. ¿Si?

BUEN. Pero no lo despido, porque tiene un carácter tan reposado...

ROM. ¡Ya! Si es un temperante en vez de un ayuda de cámara...

BUEN. ¿Qué se ofrece?

FAB. (*Dándole una tarjeta.*) Un señor me ha mandado pasar esta tarjeta á usia.

BUEN. (*Mirándola.*) No conozco á este caballero.

FAB. Dice que viene de Madrid, y pide permiso para ver los jardines, que ha oido elogiar mucho.

BUEN. Haz que pase al instante á la sala. (*Váse Fabricio.*) Disimulen ustedes... Leon, usted me hará el favor de acompañarlos á ver el estanque.

LEON. (¡Voto va!) Con mucho gusto. (*Ofreciendo el brazo á Clara.*)

VEN. (*A Leon.*) Le daré á usted de paso algunas nociones elementales de la incubacion ichthyológica.

LEON. (¡Uf!) (*Vánse.*)

ROM. (¡Pobre Leon! ¡Enseñar pescaditos, con Clara del brazo, y soportar la conversacion del papá... es mucho para un hombre solo!)

ESCENA IV.

ROMAN, D. BUENAVENTURA *y á poco* BALBINA.

BUEN. Amigo Roman, estoy loco de alegria. ¡Tal es la fama de mis jardines, que vienen de la córte exclusivamente á visitarlos! Pero con permiso... me espera ese señor. (*Va á subir los esculones de la casa y se encuentra cara á cara con Balbina, que entra en escena impetuosamente.*) ¡Ah!

BALB. No se asuste usted. Soy yo, yo misma, en persona. ¿Usted está bueno? ¿Y la señora? Ya sé que lo está. Usted me habia convidado para el dia de la boda y vengo una semana antes: falto á todos los usos sociales; pero usted no querrá verme muerta, ¿es verdad? Pues si permanezco en Madrid un dia mas, una hora, un momento, leen ustedes en los periódicos que el célebre y elocuen-

te abogado señor Monteverde ha perdido á su jóven y simpática esposa... *(D. Buenaventura va á hablar.)* ¡En nombre de la hospitalidad no me pida usted explicaciones de lo que digo! Bástele á usted saber que he salido de mi casa sin saber adónde iba, cuando me encontré á su señora de usted; me arrojé en sus brazos, moralmente; le pedí un asilo, un refugio; me lo concedió; fuí á mi casa; medio arreglé un cofre; me despedí de mi marido; grité á mi cochero «á Carabanchel,» y aqui me tienen ustedes.

BUEN. *(Estrechándole la mano afectuosamente.)* Y yo, sea cual fuere el motivo que la trae, haria echar á vuelo por su venida todas las campanas del pueblo, si no tuviese tanto horror al ruido. Disponga usted de mi casa y mis jardines, como señora que es de ellos: yo voy á hacer que la preparen su habitacion y á saludar á un caballero que me aguarda.

BALB. Mil gracias: hasta despues.

ESCENA V.

ROMAN, BALBINA.

ROM. Nunca he visto á don Buenaventura tan animado. Usted lo saca de sus casillas y de su calma.

BALB. ¿Tiene usted valor de hablarme? ¡Y me mira usted asi cara á cara! ¿Sabe usted que es usted mi enemigo en toda la extension de la palabra?

ROM. ¿Qué le he hecho á usted?

BALB. ¡Nada! Dejar que se me fuese la lengua delante de aquel señor el otro dia en casa de usted sin interrumpirme, sin hacerme una seña que me diese á conocer que era el marido...

ROM. En primer lugar, interrumpir á usted no es muy fácil.

BALB. ¡Vam!..

ROM. Respecto á la seña, era imposible que la hiciese, porque yo ignoraba como usted que aquel señor fuese el marido de aquella señora.

BALB. ¿De veras?

ROM. Bajo mi palabra de honor. Asi es que cuando vi que se puso usted mala...

BALB. A los postres. Lo que fué pasarme de prudente, pues

que debí ponerme cuando servian la sopa.

ROM. Al pronto no entendí nada; pero despues dije para mi capote. Balbina no es mujer que se desmaya sin haberlo calculado muy bien y sin justo motivo.

BALB. Ese rasgo me reconcilia con usted. (*Dándole la mano.*)

ROM. Quedé, sin embargo, tan en ayunas despues de mi reflexion como antes de hacerla. Pero figúrese usted mi asombro, cuando al firmar al dia siguiente con el Conde el contrato de arrendamiento de mi casa, tuve la ingenuidad de preguntarle cómo se pronunciaba su apellido y me lo dijo, sonándome lo mismo que el que usted aplicaba á la inglesa... la pluma se me cayó de la mano... ¡Cuánto envidié á las mujeres que pueden desmayarse siempre que les acomoda!

BALB. Bien. ¿Y qué hizo usted si no se desmayó?

ROM. Fijar temerosamente los ojos en el Conde y ver la fisonomia mas estóicamente impasible y serena que he visto en mi vida.

BALB. Lo creo. ¡Si no tiene corazon! ¡Si es un mónstruo, una fiera!

ROM. ¡Qué!

BALB. Un hombre que me destierra de Madrid, que me echa de mi casa, que me separa de mi marido! ¡Hace ocho dias que tengo calentura!

ROM. Pero ¿qué ha pasado?

BALB. Ya me lo habia advertido... pero ¡quién habia de creer que llegase á tanto!... Ni usted siquiera, amigo mio, que me aborrece con toda su alma, seria capaz de atormentarme de tal manera.

ROM. ¡Me asusta usted!

BALB. ¿Sabe usted en qué consiste mi vida desde que conocí á ese señor? Todas las mañanas al abrir los ojos recibo una carta, escrita con diversa letra que las anteriores; pero con la misma redaccion, que consiste en estas palabras: «Señora: ¿Quiere usted decirme su nombre?» firmado Lord Stickness.

ROM. ¿Todas las mañanas?

BALB. Todas. Me parece que ya esto es bastante... pero hay mas. Me pongo á almorzar...

ROM. Bien.

BALB. ¡Qué bien si no puedo tragar bocado! Veo almorzar á mi marido: me dispongo á salir, y apenas piso el um-

bral de mi casa, veo en él á un hombre fijo, inmóvil, marmóreo, como la estátua del comendador, que me da la mano para subir el estribo, murmurándome al oido: «¿*Su* nombre, señora?» Decirle á usted que le grito al cochero que parta al galope...

ROM. Si, está de mas decirlo.

BALB. Me paro en cualquier parte, en casa de una amiga, en una tienda. ¡Ceerá usted que me abre el lacayo la portezuela! Pues no, señor: me la abre él, con el sombrero en la mano y saludándome muy respetuosamente, porque es muy político este mónstruo: excuso decir á usted que me repite la frase consabida al quitarse el sombrero. La última vez le eché en él una moneda de dos cuartos, no sabiendo qué me hacia. Pues ¿querrá usted creer que se la guardó, dándome las gracias y añadiendo: «¿Cuál es *su* nombre, señora?»

ROM. Pues es una broma pesada.

BALB. ¡Broma! En el paseo su caballo anda al paso de mis yeguas, y *él* de minuto en minuto me dispara las palabras consabidas; en el teatro tropiezo con él en la puerta, en los pasillos, y durante la representacion tiene fija en mí la mirada, moviendo los labios de manera, que sin que nadie le oiga hablar, yo comprendo que dice...

ROM. «¿*Su* nombre, señora?» ¡Eso es horrible!

BALB. Aun no he acabado. Fuí el sábado á Aranjuez á casa de mi hermana, nos disponiamos á dar una vuelta por los jardines, cuando recibo un parte telegráfico; me asusté creyendo que se habria puesto malo Monteverde, lo abro y veo que decia: «¿Quiere usted decirme *su*...»

ROM. Basta, basta. Con menos hay motivo para matar á un hombre.

BALB. ¡Si á nosotras nos fuese permitido!..

ROM. Yo... (¡Paso! No la echemos de caballero andante.)

BALB. ¡Ay! gracias á Dios, aqui en el campo, en esta soledad, sin ver ingleses, se me figura que mi pulmon se dilata, que mis nervios se sosiegan... No, no volveré á Madrid hasta que muera mi perseguidor... ¿Y Eugenia, en dónde está?

ROM. En Madrid. (*Mirando el reloj.*) Pero debe llegar muy pronto: con permiso de usted voy á salirle al encuentro.

BALB. Si, vaya usted, estoy deseando que venga, hoy tengo necesidad del trato de mis verdaderos amigos. Por unos

cuantos dias acepto la hospitalidad de don Buenaventura. A su lado debe haber tranquilidad.

ROM. Como á la sombra de un tilo. Pero tenga usted cuidado con lo que dice, porque sabe usted que su lengua no le gana amigos entre los casados, y don Buenaventura lo es tambien.

BALB. ¡Bah!

ROM. Voy á buscar á Eugenia.

ESCENA VI.

BALBINA *sola.*

¡Ah! Me parece mentira que me veo libre... ¡Qué bien se está aqui!... ¡Já, já, já! me da risa al pensar que lord Stickness correrá á estas horas todas las calles de Madrid buscándome, mientras que yo respiro tranquilamente un aire tan tibio y tan perfumado... (*Reparando en la estufa.*) Aqui debe haber bonitas flores, ¡á ver! (*Va á entrar en la estufa y se dá cara á cara con lord Stickness que sale de ella.*)

ESCENA VII

BALBINA, LORD STICKNESS.

BALB. ¡Jesus!

CONDE. (*Con la mayor cortesania.*) ¿Quiere usted decirme *su* nombre, señora?

BALB. ¿Qué hace usted aqui, señor mio?

CONDE. Con permiso del dueño de esta quinta estoy visitando sus magníficos jardines. Si usted gusta... (*Ofreciéndole el brazo.*)

BALB. Señor Conde, ¿cuándo acabará esta comedia?

CONDE. Cuando usted quiera, señora, cuando se digne usted decirme...

BALB. ¿*Su nombre*?...

CONDE. Cuando usted, cansada de verme y oirme, fatigada de una persistencia y una tenacidad, que son las armas de que hablé á usted...

BALB. ¡Armas muy leales!

CONDE. Yo debo fastidiarle á usted mucho, ¿no es verdad, se-

ñora?

BALB. ¿Fastidiarme? No es esa la palabra.

CONDE. He conseguido irritar á usted, es decir que estoy á punto de conseguir mi objeto.

BALB. ¿De veras? Conque espera usted...

CONDE. Asi me lo hacen creer esas palabras entrecortadas, esos ojos que echan chispas, el movimiento convulsivo de esas preciosas manos....

BALB. (¡Lo ahogaria con ellas!)

CONDE. Todo en usted revela una organizacion nerviosa é impresionable: de las que resisten á las amenazas, si hubiese alguien tan mal educado que amenazase á usted; que arrostrarian cualquier peligro, si pudiese haber peligro para usted, señora; pero que sucumben infaliblemente á una lucha tenaz y prolongada: con esto es con lo que yo cuento para asegurar mi victoria.

BALB. ¡No es poca presuncion!

CONDE. No lo es, señora: créame usted.

BALB. ¿Pero no cae usted en que revelándome su plan de campaña prepara su derrota? Ahora que estoy ya advertida de lo que debo hacer, no faltaré á mi propósito, que consistirá en verlo á usted con gusto, en oirlo con calma y en no contestarle una palabra; lo que me será en extremo fácil, pues que nada tengo que contestarle.

CONDE. Prevengo á usted, señora, que esto vá á durar mucho.

BALB. Durará todo el tiempo que usted guste.

CONDE. Norabuena. (*Da algunos pasos para salir, despues de saludar; pero se vuelve hacia Balbina, que se habrá sentado.*) Una palabra. Yo juego siempre con cartas descubiertas, y asi debo advertir á usted que no será culpa mia que, viendo sin cesar unido á usted un hombre de cierta posicion, jóven todavia...

BALB. ¿Cómo?

CONDE. La maledicencia interprete de un modo, poco favorable á usted, una insistencia que juzgará, si no consentida, al menos tolerada.

BALB. ¡Esto es horrible! ¡Hay motivo para escribir á nuestro embajador en Lóndres para que pase una nota al gobierno inglés!

CONDE. Puede usted, si le place, convertir nuestra contienda en una cuestion internacional. No me despido, porque antes de marcharme tendré el honor de pedir á usted...

BALB. ¿Qué, señor mio?
CONDE. Que me diga *su* nombre. (*Saluda y váse.*)

ESCENA VIII.

BALBINA, *á poco* EUGENIA.

BALB. ¡Yo que no habia caido en esto! ¡Pero él lo ha previsto todo, con todo ha contado! ¡Pues tiene razon que le sobra! ¡Se dirá que yo les doy alas á los ingleses! ¡Y mi marido!... ¡Esto no puede quedar asi!... Voy á decirle... ¿Pero qué le diré? ¡Si no sé cuál es el nombre que desea saber!
EUG. (*Dentro.*) ¿En dónde está? ¡Balbina!
BALB. Eugenia.
EUG. (*Saliendo.*) ¡Tú aqui! ¡cuánto me alegro! ¿Pero qué digo? ¡Loca de mí! Roman me lo ha contado todo, amargándome el contento que traia de Madrid, porque... ¡ya te diré! ¡Pero la conducta de ese hombre es abominable! En fin, gracias á Dios, aqui estás libre de él.
BALB. ¡Que si quieres!
EUG. ¿Cómo?
BALB. Ya está aqui.
EUG. ¡El Conde!
BALB. En persona.
EUG. ¿Y qué le trae aqui?
BALB. Lo que le lleva á todas partes. ¿Tiene él oficio conocido que no sea perseguirme?
EUG. Eso no se puede aguantar, y tú no debes consentir que te insulten...
BALB. ¡Insultarme! ¡ojalá que lo hiciera! ¡Lo peor es que me trata con una urbanidad sofocante!
EUG. Y bien mirado no le falta razon para....
BALB. ¡Que tiene razon!
EUG. Es indudable. Lo que yo no apruebo es por qué generosidad te comprometas, como lo haces; dile cómo se llama ese jóven, que ellos se entenderán pacíficamente, y todo está concluido.
BALB. ¡Pero si no le conozco!
EUG. Entonces.... ¡Ah! Yo sé quién es.
BALB. ¿Tú?

EUG. Es decir, muy segura no estoy; pero casi cierta: escucha. Te he dicho que venia muy alegre; sabrás por qué. Esta mañana me dijo Roman que necesitaba volver á Madrid, cuando llegamos ayer tarde, asi fué que esta vuelta tan pronta me inquietó... ¿Qué será? me decia: quizás....

BALB. En fin, te acometieron los celos. Sigue y abrevia tu relato.

EUG. Me dijo que tenia que dar algunas órdenes á sus dependientes, y yo aprovechándome del pretexto de que queria encargar el regalo de boda para Consuelo, le propuse que me dejase ir á mí y cumpliria lo que me encargase; disputamos; pero triunfé y partí con las señoras de la casa.

BALB. Adelante.

EUG. ¡No sé qué presentimiento me oprimió el corazon al arrancar los caballos al galope!

BALB. Procura imitar su paso para....

EUG. Llegué por fin á mi casa.

BALB. ¡Gracias á Dios!

EUG. Y sobre la mesa de Gustavo ví, entre otras, una carta, cuya letra me pareció de mujer. ¡Explicarte lo que sentí...

BALB. ¡No, no me lo expliques!

EUG. Me acordé, para mi fortuna, de tus consejos, y...

BALB. Abriste la carta. Muy bien hecho.

EUG. La leí. ¡No era de mujer! ¡Ah!

BALB. Luego suspirarás, sigue.

EUG. Era de un amigo de Roman. Ahora entra lo que á ti te interesa; era de un jóven que hablaba de una cita con una mujer casada, en la Fuente Castellana, una mujer á quien no nombraba.

BALB. ¡Ah!

EUG. Añadia que hoy se hablaban con la mayor indiferencia, lo que le parecia fabuloso, recordando la escena de la calle de árboles que dá frente á la glorieta...

BALB. ¡Pues es el mismo!

EUG. ¡Quién sabe... quizás... puede que dos señoras y dos jóvenes...

BALB. ¡Sí, y en dos tardes y en dos calles de árboles iguales! ¡Es inverosímil! ¿Cómo se llama?

EUG. No sé si debo....

BALB. ¡Pues me gusta! ¿Vas á dejarme asi á merced de ese hijo de la pérfida Albion?

EUG. No: es... (*Aparece Leon por el fondo.*) Míralo.

BALB. ¡Montero!!

EUG. No lo pierdas, por Dios te lo pido.

ESCENA IX.

DICHOS, LEON, CLARA, D. VENANCIO.

LEON. (¡Me salvé!) (*Soltando á Clara y dirigiéndose á Balbina.*) ¡Cuánto me alegro de ver á usted, señora!

EUG. (*A Clara y D. Venancio.*) ¿Ven ustedes qué pronto he vuelto? (*Siguen hablando.*)

LEON. Supongo que permanecerá usted aqui hasta el dia de la boda.

BALB. Si. (¡Pobrecillo! ¡Me da lástima!)

VEN. (*Saludando á Balbina.*) Señora...

BALB. Bien, gracias; usted tambien bueno; felices dias. (*Coge á Leon y se lo lleva aparte. D. Venancio la mira con asombro y se vuelve á Eugenia.*)

LEON. ¿Qué tiene usted?

BALB. ¡Si usted supiera lo que he hecho! ¡Lo he perdido á usted, señor de Montero!

LEON. ¡A mí!

BALB. Aquella cita que usted tuvo con una señora casada en la Fuente Castellana...

LEON. ¡Qué!

BALB. No faltó quien la notase.

LEON. ¡Cielos!

BALB. Yo lo vi todo, por casualidad...

LEON. ¡Usted!

BALB. Y lo que es peor, lo que no puedo perdonarme, es que he hablado de ello: se lo he dicho...

LEON. ¿A quién?

BALB. A su marido.

LEON. ¡Señora!

BALB. Si, todo lo sabe; pero yo no pude evitarlo, porque...

CLARA. ¡Qué conversacion tan acalorada! (*A Balbina.*)

BALB. Estaba felicitando á Montero. (*Sigue hablando con Clara y D. Venancio.*)

LEON. ¡Pero no, no puede ser! (*A Eugenia.*) ¿No es cierto se-

ñora que me engaña, que es una chanza lo que me ha dicho Balbina?

EUG. Me consta que es verdad, por desgracia.

LEON. ¡Qué oigo!

EUG. Yo la he oido hablar de esa cita....

LEON. Delante....

EUG. Del marido.

LEON. ¡Dios nos valga! (*Dejándose caer en una silla.*)

BALB. (*A Leon.*) Voy á alejar de aqui al papá y la niña, y vuelvo á ver si juntos pensamos un medio de reparar mi falta. (*A D. Venancio, tomándole el brazo y sin reparar en Leon.*)

LEON. No, señora, mil gracias. (*Salen todos menos Leon, y Eugenia dice al marchar.*)

EUG. (¡Vea usted qué desgracia! ¡Líbreme Dios de ser habladora como Balbina!)

ESCENA X.

LEON, *solo.*

¡Si, no hay otro remedio! Me separo de Consuelo, quizá para siempre: ¡echo por tierra mis proyectos de felicidad y paz doméstica! Pero esa pobre mujer está perdida por mí y es deber mio salvarla á toda costa. No hay que vacilar. Ya que hay dos culpables, haya á lo menos una sola víctima! (*Entra en la casa.*)

ESCENA XI.

ROMAN, *solo.*

¡Leon! ¡No me oye! ¿Qué le ha pasado que vá como alma que lleva el enemigo? (*Vá hácia la casa y se para en mitad del camino.*) ¡Calle! ¿Tengo telarañas en los ojos? ¿No es el Conde de, de.... el diablo que lo nombre, quien está conversando junto á la fuente con don Buenaventura? Si, él es; no cabe duda. ¡Señor! ¿Cómo habrá podido introducirse aqui, adonde sin duda ha venido detrás de Balbina? Claro está, el cazador detrás de la caza.... Voy á hablarles, á ver si....

ESCENA XII.

ROMAN, LEON.

LEON. (*Saliendo.*) Roman....
ROM. ¡Ah, eres tú! ¿Por qué estás tan pálido? ¿Qué te pasa?
LEON. Adios, amigo mio: me voy ahora mismo á Madrid....
ROM. ¡A Madrid! ¿Para....
LEON. Para no volver.
ROM. ¡Qué dices!
LEON. ¡Don Buenaventura sabe *todo*!
ROM. ¡Jesucristo!
LEON. Mi presencia en esta casa seria un ultraje para él.
ROM. Pero explícame....
LEON. He querido salvar al menos á... *quien tú sabes*, y acabo de escribir al marido diciéndole que yo habia empleado un engaño, un ardid para arrastrarla á que concurriese á una cita, cuyo objeto ni sospechába *ella*....
ROM. Y se lo has escrito á....
LEON. Era lo que me cumplia hacer. Ya habrá recibido mi carta, que dí al instante á Fabricio para que se la entregase. ¡Oh, el temor de perder á Consuelo, lo que es mas que posible, me vuelve loco! ¡Adios!
ROM. Aguarda un instante, porque no acierto á entender una palabra de lo que dices. ¿Cómo ha podido llegar áe oidos de D. Buenaventura?... (*D. Buenaventura aparec por el fondo.*)
LEON. ¡Oh, míralo! ¡que no me vea! Me esconderé aqui. (*Señalando la estufa.*) Llévatelo lejos.

ESCENA XIII.

ROMAN, D. BUENAVENTURA.

ROM. ¿Que me lo lleve? ¡Pues digo á usted que la comision es agradable! (*Se sienta cerca del velador, toma el periódico y vuelve la espalda á D. Buenaventura.*) Pues yo no rompo á hablar primero.
BUEN. (*Entra alegremente, toma una silla, se sienta junto á Roman y le toca en el hombro.*) ¿Sabe usted que es muy entendido en floricultura este inglés?

ROM. ¿Siii? (¡Qué tranquilo está!)

BUEN. Me acaba de dar un consejo excelente para la conservacion de las camelias.

ROM. (Este hombre no puede saber nada.) Conque le ha dado á usted....

BUEN. ¡Una idea magnífica! (*Restregándose las manos con alegria.*)

ROM. (¡No sabe nada!) (*Levantándose.*)

BUEN. Figúrese usted, amigo mio... (*Entra Fabricio con una carta en la mano, llamando la atencion de los dos.*)

ROM. (¡Nos caimos! ¡Ya pareció aquello!)

BUEN. ¿Qué hay? (*Roman hace á Fabricio señas de que no entregue la carta; pero aquel sin entenderlo la entrega.*)

BUEN. ¿Una carta? Bien, vete.

ROM. (¡Animal!) (*Roman con la vista fija en la carta, avanza y retira la mano como si fuera á quitársela á D. Buenaventura, quien rompe el sello y sin mirar el sobre lo arruga y lo tira al suelo.*)

BUEN. ¡Si, señor, una magnífica idea!.. pero si usted me permite...

ROM. No, dígame usted antes de leer... Decia usted que las *anemonas.*

BUEN. No, señor, las camelias... (*Va á leer y Roman le tapa con la mano la carta.*)

ROM. Eso es, las camelias...

BUEN. Permita usted, yo tengo costumbre de hablar y leer á un tiempo.

ROM. (¡Estaba por gritar que hay fuego!)

BUEN. (*Leyendo.*) Es un medio muy sencillo, que...

ROM. (*Procurando distraerlo.*) ¡A ver, á ver! Ese medio...

BUEN. ¡Cómo! ¡Mi mujer!.. ¡Montero!.. ¡Leon!

ROM. Suplico á usted, don Buenaventura...

BUEN. (*Leyendo.*) «Un amor no correspondido...»

ROM. ¡Daria seis mil reales por un terremoto!

BUEN. «La astucia... el engaño... una cita... ¡Ah! (*Cae en una silla.*)

ROM. ¡Pataplum!

BUEN. ¡Si usted supiese! ¡Esto es abominable!

ROM. ¡Pero es mentira!

BUEN. ¡Qué! ¿Qué es mentira?

BUER. Lo que sea; yo no sé lo que es; pero es imposible.

BUEN. ¡Lea usted, Leon! ¡Mi mujer!

ROM. Su mujer...

BUEN. No, ella no tiene por qué reconvenirse; pero *él*, ¡él, que iba á emparentar conmigo!

ROM. Atienda usted...

BUEN. ¡Señor! ¡Entre qué gentes vivimos! ¡Malo era que hubiese tratado de seducir á otra; pero á su tia política en ciernes!!.. ¡Y ella!... ¡Qué razon tenia usted, Roman! ¡El matrimonio es otra bolsa y yo soy de los arruinados!

ROM. Señor don...

BUEN. No me siga usted, necesito estar solo. (*Entra en la casa.*)

ESCENA XIV.

ROMAN, LEON.

LEON. ¿Qué te ha dicho?

ROM. ¿Qué has hecho, desventurado?

LEON. ¿Cómo?

ROM. ¡No sabia nada!

LEON. ¡Qué!

ROM. Ni lo sospechaba siquiera. Tú le has dado la primer noticia.

LEON. ¡Yo! ¡Vamos, eso no puede ser! Si la misma persona que se lo reveló me lo ha confesado.

ROM. ¿Quién?

LEON. ¡Balbina!

ROM. ¡Ella habia de ser! ¡Era de esperar!

ESCENA XV.

DICHOS, BALBINA *y á poco* EUGENIA.

BALB. ¡Gracias á Dios que me libré de don Venancio y su hija! Conque vamos, pensemos entre los tres en la manera de reparar mi pasada falta.

LEON. Señora... ¿Qué es lo que me ha dicho usted aquí no hace una hora?

BALB. ¿A qué repetirlo? Roman lo sabe tan bien como usted y como yo. Vamos á lo que importa... Decia usted...

LEON. Decia que don Buenaventura no sabia una palabra de lo ocurrido.

BALB. ¡Don Buenaventura! Y ¿quién lo ha mezclado en este

asunto? ¿Quién lo ha nombrado siquiera?.. (*A Roman.*) ¿Se le ocurre á usted algo?

. ¿A mí? Pegar fuego á la quinta.

B. ¿Qué es esto, señor?

N. Señora, ¿no ha dicho usted que me habia visto en la Fuente Castellana con?..

B. Con lady Stickness.

I. (¡Aqui fué Troya!)

N. ¡Yo! ¡Pues si no la conoco!

B. ¡Que no! Pues no hablaba con ella en...

N. No le he hablado en toda mi vida en ninguna parte. (*Eugenia, que habrá entrado, se adelanta, y al volverse Balbina repara en ella.*)

B. Señor, ¿estamos locos? Mujer, ¿qué es lo que tú me dijiste?

M. (¡Adios! ¡Mi mujer entra tambien en danza!)

. Te dije... te dije... lo que no debieras haber repetído.

B. Pero interesada por el señor... por salvarlo...

I. ¡Ya lo ves! ¡Por salvarte! ¡Já, já, já!

B. (*A Roman.*) ¡Se rie usted! (*A Leon.*) Pues usted tiene la culpa de lo que pasa, señor mio. Yo no habia de adivinar que en la Fuente Castellana se cita todo el mundo para... y sobre todo, si no le hubiese usted escrito á Roman que...

M. ¡A mí!

ON. ¡Qué oigo! ¿Asi publicas tú mis cartas, y cuando hablan de?..

M. Pero señor, ¿qué Babilonia es esta? Yo no he recibido carta ninguna.

ON. Pues yo la he escrito.

M. ¡Oh, qué idea! Alguno de esos malditos criados se ha atrevido... Voy ahora mismo...

G. ¡No, no por Dios! (*Conteniéndolo.*)

M. ¿Qué?

G. ¡He sido yo!

M. ¡Tú!

G. Es la primera vez que lo hago, te lo juro.

M. Y yo que acusaba... pero ¡ya caigo! ¿Quién habló del derribo de aquella casa?..

G. ¡Yo!

M. ¿Quién ha dicho que yo uso calce?..

G. ¡Yo tambien!

ROM. ¡Oh! (*Poniéndose las manos en la cabeza.*)

EUG. Pero te aseguro que á abrir una carta tuya no me hubiese atrevido sin...

ROM. ¿Sin qué?

EUG. Sin... sin... (*A Balbina.*) ¿Ves las resultas de tus consejos?

ROM. ¡Pues! ¿Quién habia de ser?

BALB. ¡Eso es, échenme ustedes á mí la culpa de todo!

LEON. Si, señora, gracias á usted, está deshecho mi matrimonio. (*Se deja caer en una silla á la derecha.*)

EUG. ¡Gracias á tí, estoy reñida con Roman! (*Cae en una silla á la izquierda.*)

ROM. ¡Gracias á usted, no vuelvo á hablar con mi mujer en toda mi vida!

BALB. ¡Yo no vuelvo en mi vida á hablar con nadie! (*Echa á correr hácia la casa, y en el momento de subir el primer escalon aparece lord Stickness en la puerta.*)

CONDE. ¿Quiere usted decirme *su* nombre, señora?

BALB. ¡Oh! (*Echando á correr en direccion contraria.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Aparece Eugenia *en actitud muy abatida, sentada en la silla en que quedó al terminar el acto anterior.* Roman *entra por el fondo, la contempla diciendo las primeras palabras de lejos y despues se acerca dulcemente.*

Rom. ¡Pobrecita mia! ¡No se ha movido de esa silla! ¡Es verdad que nunca la he tratado con la dureza que hoy. Pero ¡me dió tal coraje!.. (*Se acerca.*) ¿Qué es esto?

Eug. (*Sorprendida.*) ¡Ah!

Rom. No te asustes. ¿Te causo yo miedo? (*Mirando la silla en que estaba Leon.*) ¿Y el otro? ¿Qué ha sido de él?

Eug. Hace un momento que se levantó de pronto llamando á voces á Fabricio.

Rom. ¿Qué otro disparate se le habrá ocurrido hacer? Pero ¿qué es esto? ¿Estás llorando?

Eug. Si, si... lloro... porque... porque soy muy desgraciada.

Rom. ¡Eugenia!.. (*Cogiéndole cariñosamente la mano.*)

Eug. ¡Mucho, mucho!

Rom. (¡Ea! ¡Yo no tengo valor para esto! ¡No puedo verla llorar!) (*Acercándose.*) ¡Vamos! Enjugue usted esos ojitos. ¿Qué diria cualquiera que te viese de tal modo? Que tu

marido te trata mal, que soy un tirano... ¿Qué motivo tienes para afligirte de tal manera?

EUG. ¿Te parece poco haber perdido tu confianza?

ROM. ¡Qué tonteria! ¡Qué habias tú de perder!..

EUG. ¡Si! Demasiado claro se vé que de hoy en adelante me tratarás como á una extraña; que no me dirás nunca nada de lo que pienses ó sientas, de lo que te suceda...

ROM. ¡Cómo que no! (*Arrodillándose.*) Mira: comenzaré por decirte que te quiero mucho.

EUG. ¡Vea usted qué confidencia!

ROM. En verdad eso es mas que público y notorio. Te añadiré que eres muy bonita...

EUG. ¡Miren qué novedad!

ROM. ¡Hola! ¡Conque tan convencida está usted de que es asi! ¡Habrá presuncion!..

EUG. ¡Déjame! ¡Te estás burlando de mí! ¡Qué modo de probarme que no he perdido tu confianza! (*Levantándose.*)

ROM Pero, hija, si no tengo nada que decirte. Yo no puedo inventar noticias para dártelas... No he sido nunca periodista.

EUG. Bien sabes que no necesitas inventar para decirme algo. Esta mañana cuando entrábamos en la quinta, á mi vuelta de Madrid, te llamó Fernandez, que iba á su hacienda á caballo, y te dijo que tenia que hablarte despacio...

ROM. Es verdad; pero como entonces iba deprisa y nosotros tambien, hasta el...

EUG. No; te habló unas cuantas palabras al oido. ¿Qué te dijo?

ROM. Me dió los buenos dias...

EUG. Pero tú me parece que le preguntaste...

ROM. Si, le pregunté que cómo estaban la señora y los niños...

EUG. ¡Eso, es!.. (*Colérica.*)

ROM. ¡Chis! Que viene gente.

ESCENA II.

DICHOS, LEON, FABRICIO, *y á poco* BALBINA.

LEON. (*A Fabricio.*) Enganche usted la berlina; la maleta ya está preparada, la encontrará usted en mi habitacion. Y espéreme usted frente á la casa del jardinero, que allí subiré.

FAB. Muy bien, señorito.

ROM. ¿Qué órdenes son esas?...

LEON. Me voy cuanto antes, es preciso. (*Fabricio vá á salir por la derecha.*)

BALB. (*Entrando por el lado por donde vá á salir Fabricio, y deteniéndolo.*) Le he buscado á usted por toda la quinta. Haga usted que enganchen para mí el primer carruaje con que tropiece, recoja usted mis cofres, que estan ya dispuestos, y vaya usted á esperarme...

ROM. Frente á la casa del jardinero.

BALB. Norabuena. Gracias. (*A Roman. Váse Fabricio.*)

ROM. ¿Se vá usted?

BALB. Ahora mismo.

ROM. ¿Tú tambien?

LEON. En este instante.

ROM. (*Echando á correr al sitio por donde se fué Fabricio, y hablando á gritos como para que lo oiga aquel.*) ¡Eh! ¡Fabricio! Engancha para mí una calesa, un carro, cualquier cosa, y vé á esperarme en donde tú sabes.

EUG. ¡Pues qué! ¿tambien?...

ROM. ¡Tambien nos vamos nosotros, yo á lo menos! ¡Pues no faltaba mas sino que el mas inocente se quedase aqui solo!... Nada, nada, vámonos los cuatro. (*Ofreciendo los brazos á las dos señoras.*)

BALB. ¿Qué está usted diciendo?

ROM. Digo, señora, que concibo que se vaya Leon, que está perdido por causa de usted; está en su derecho y aun no seria prudente que se quedase aqui; pero que usted, que es la autora de todo este embolismo, venga á decirnos muy tranquilamente: «Ahí queda eso, que ustedes lo pasen bien», es cosa que no puedo sufrir...

BALB. ¿Cómo?

ROM. Semejante conducta revela, á mi entender, cuando menos... muy poco valor.

BALB. ¡Señor mio! (¡Pues no le falta razon!)

ROM. Si hubiera yo hecho la mitad de lo que usted, á estas horas tendria un duelo con el Conde, un duelo con Leon, y un duelo con don Buenaventura; es decir, tres duelos, cuando no tengo mas que dos brazos para batirme; pero como el laberinto en que estamos metidos es obra de una señora, de un individuo del *bello sexo*, como diria don Venancio...

BALB. ¡Y diria muy bien!

ROM. Es decir que nosotros somos el sexo...

BALB. Feo.

ROM. Norabuena, pues digo que como todo es obra de un individuo del sexo *bello* y *débil*...

BALB. ¡Qué débil! ¡No admito esa calificacion!

ROM. ¡Pues bien! Me parece que es una cobardia que un individuo del sexo *hermoso* y *fuerte* como es usted, deje á un individuo del sexo *feo* y *débil* como soy yo, á solas con la debilidad y la fealdad de dos maridos lastimados en su honra!

BALB. Pero...

ROM. ¡Digo! y cuando maldito lo que tengo yo que ver en este negocio.

BALB. Bien, supuesto que me tacha usted de cobarde, que piensa que no soy capaz de arrostrar las consecuencias de lo que digo, voy á probarle á usted lo contrario. (*Se quita el sombrero y la manteleta, y se sienta.*)

ROM. ¡Bravo! ¡asi me gusta!

LEON. Pero, señora, es imposible...

ROM. ¡Calla! (*Llevándolo ap.*) A estas horas debiera yo estar en la quinta de Fernandez, tratando con él de un negocio que me vale algunos miles, y me quedo por ver si puedo sacarte de este pantano, justo es que ella nos ayude. (*A Balbina.*) ¿Qué se le ocurre á usted que hagamos?

BALB. Se me ocurre... nada.

ROM. No es una ocurrencia muy feliz que digamos; pero atienda usted: la division del trabajo es un gran principio económico, ¿quiere usted que lo pongamos en práctica para lograr nuestro objeto?

BALB. En hora buena: unamos nuestras fuerzas y será mas segura la victoria.

ROM. Pues señor; usted ha pegado fuego á dos casas... tenemos que apagar dos incendios...

BALB. Los apagaremos.

ROM. Veamos, ¿cuál de los dos maridos es mas duro de pelar, don Buenaventura ó el Conde?

BALB. ¡Qué duda tiene! ¡El inglés!

ROM. Pues bien, usted que es del *sexo fuerte* se encarga del lord, y yo que soy del *sexo débil*, me encargaré de don Buenaventura.

Pero señor, ¿cómo es posible?...

¡Déjanos hacer, allá veremos! Demasiado sé que la empresa es mas difícil de lo que parece.

Sobre todo para mí, porque habiendo contado delante del mismo Conde la aventura que es ocasion de nuestro conflicto, no sé cómo componérmelas para remediar lo hecho.

¡Pues y yo! ¡Ahí es nada lo que tengo que hacer!... Leon, firmándolo con su nombre y apellido, le ha escrito á don Buenaventura que amaba á su mujer, que habia tratado de seducirla, que habia conseguido de ella, valiéndose de la astucia, una cita que comprometia su honra... ¡Vaya usted ahora á persuadir al buen señor de que es mentira todo cuanto ha sabido, por confesion de su mismo ofensor! ¿Cómo se convence á un hombre?...

Se trata de convencer á un marido, y eso nos ahorra la mitad del trabajo.

¿De veras? (*A Eugenia ap.*) Mira, Eugenia, procura distraerte, esto á tí no te interesa...

(*Reflexionando.*) Es preciso encontrar algun medio...

Si, bueno ó malo.

No señor, bueno, bueno.

Sin embargo... si no hay otro... un engaño... porque á veces lo que mas le conviene á una persona es que la engañen.

A los maridos casi siempre.

(*Ap. á Eugenia.*) Eugenia, procura distraerte.

Pero...

(*Tomando un libro de encima del velador y dándoselo.*) Lee mientras que nosotros...

(*Mirando el libro y soltándolo.*) ¡Si es *la Guia de forasteros!*

Como no hay otro...

¡Mal haya la hora en que se me ocurrió escribir!..

¡Mal haya Fabricio, que no comprendió mis señas!

¡Imbécil! La única vez que no ha equivocado un mandato, ha sido para echarlo todo á perder. Si se le hubiera ocurrido, lo que en el seria muy natural, llevar á otra pesona la carta...

Es verdad... entonces... ¡Ah! ¡qué idea!

DOS. ¿Qué?

M. ¡Nos hemos salvado!

4

TODOS. ¿Cómo?

ROM. (*Como recordando.*) Si... don Buenaventura distraido en su conversacion, abrió la carta sin mirar el sobre que arrugó y tiró al suelo... si yo pudiera... (*Se agacha como buscando algo por el suelo, y todos le rodean siguiendo sus movimientos con curiosidad; encuentra por fin el sobre y lo recoge levantándolo en alto con aire de triunfo.*) ¡Ah! ¡ya está aqui!

BALB. ¿Qué es eso?

ROM. Lo que necesitábamos: haga usted cuenta de que Fabricio se equivocó como usted deseaba.

BALB. ¿Cómo?

ROM. Entregando á don Buenaventura lo que... pero no perdamos tiempo. (*Rompe el sobre en pedacitos muy menudos.*)

BALB. ¡Ah! ¡ya comprendo!

EUG. Pues yo no entiendo una palabra.

LEON. Ni yo tampoco.

ROM. (*Entregando á Leon los pedacitos del sobre.*) No le hace. Quema eso, sopla hasta la última ceniza, y escribe á escape otro sobre para lord... (*A Balbina.*) ¿Cómo se pronuncia?

BALB. Para lord Stickness.

LEON. Pero...

ROM. Haz lo que te digo, y no te metas en mas.

LEON. Mas...

EUG. Hágalo usted, yo no sé lo que es; pero de seguro será algo bueno. (*Váse Leon.*)

ROM. (*A Eugenia.*) Tú, sírvenos de centinela.

BALB. ¡Bravo! Resultará que Fabricio dejó en España una carta escrita para Inglaterra.

ROM. ¡Pues! Lo mismo que hace todos los dias el correo. (*Aparece Leon con el sobre en la mano.*)

LEON. Aqui está.

ROM. (*Tomando el sobre.*) Venga, y largo de aqui. (*A Eugenia.*) Tú tambien.

EUG. Aqui viene don Buenaventura.

ROM. Pues idos pronto. (*Alargando el sobre á Balbina, que lo arruga y lo echa en el sitio en que estaba el otro. Leon y Eugenia se van. D. Buenaventura aparece por el fondo con aire triste y abatido, mueve dolorosamente la cabeza mirando á Balbina y Roman, y despues vá á sentarse á*

la derecha, quedando con la frente baja y en la mayor abstraccion.)

ESCENA III.

BALBINA, ROMAN *y* D. BUENAVENTURA.

ROM. (*Acercándose á D. Buenaventura, y tendiéndole la mano.*) ¿Cómo vamos, amigo mio?

BALB. (*Haciendo lo mismo que Roman, por el otro lado.*) ¿Está usted mas tranquilo?

BUEN. (*Cogiendo las manos de ambos, y con voz dolorosa.*) ¡Tranquilo!... ¡No lo estaré ya nunca!... Hoy comienza para mí una existencia tempestuosa.

ROM. (¡Y eso que se libró del trueno gordo!)

BUEN. Roman, ¡amigo mio! qué razon tiene aquel poeta persa ó indiano! si, «mas vale estar muerto que...»

ROM. (*Riñéndole.*) ¡Vamos, vamos!

BALB. ¡Me gusta la idea!

BUEN. (*Suspirando.*) ¡Ay! (*Con tono quejumbroso.*) ¿Qué hora es?

ROM. (*Con el mismo tono y mirando el reloj.*) Las cinco y cuarto.

BALB. (*Lo mismo que Roman.*) Atrasa usted: son las cinco y media.

BUEN. ¡Va á venir, amigos mios!.. ¡Voy á verla!

BALB. ¿A quién?

BUEN. A mi mujer. ¡Tendré que pedirle explicaciones... No podré contenerme... habrá una escena violenta...

BALB. ¡Qué disparate! ¿A qué cuento?..

BUEN. Tengo al menos el consuelo de que él no nos insultará con su presencia.

BALB. ¿Cómo?

BUEN. Si, he sabido que va á marcharse, que ha dado órden de que enganchen la berlina.

ROM. (*Mirando á Balbina con intencion.*) ¡Qué habia de marcharse!

BUEN. ¿No?

BALB. Ni piensa en tal cosa.

BUEN. ¿Pues no ha encargado que enganchen?..

ROM. Si hubieran de hacer caso á todo el que ha pedido hoy que enganchen, necesitarian enganchar una diligencia.

BUEN. ¡Conque no se vá!

BALB. Irá á salir al encuentro de las señoras.

BUEN. (*Con asombro.*) ¡A esperar á Consuelo y á mi mujer!

ROM. Como usted lo oye.

BUEN. ¡Qué desvergüenza!

BALB. Pero si yo no comprendo... ¿Recuerda usted, Roman, con qué tranquilidad, con qué alegria nos dijo que iba á esperarlas?

ROM. Y lo que estuvo chanceando.

BUEN. ¡Chanceando!!

BALB. Si, señor.

BUEN. ¡Qué cinismo!

ROM. Con una calma imperturbable.

BALB. Como que yo decia para mí, es imposible que un hombre cuyo semblante respira tanta felicidad, tanta alegria, tanta paz, haya faltado á los mas sagrados deberes, á las leyes de la hospitalidad, de la amistad, de la familia... ¡No, señor, es imposible!

ROM. (¡Bravo! ¡Gracias á Dios, que habló una vez en su vida en provecho del prójimo!)

BUEN. Me confunden ustedes... pero...

ROM. Yo digo lo que esta señora: es inverosímil...

BUEN. Pero si yo he recibido una carta escrita por él mismo... Aqui la tengo. (*Sacándola del bolsillo. A Balbina.*) ¿No es esta su firma?

BALB. Si, en verdad; Leon Montero.

BUEN. (*A Roman.*) ¿No es esta su letra?

ROM. No cabe duda.

BUEN. Pues entonces...

BALB. Nada, no queda ni el consuelo de la duda.

ROM. (*Dándole vueltas á la carta.*) ¡Nada! ¡Es su letra, ó la han imitado tan bien!.. ¡Tan bien! ¡A ver el sobre!

BUEN. ¿El sobre? (*Buscando en los bolsillos.*) No, pues... si... ¡Ay! ya recuerdo que lo tiré por aquí...

BALB. ¡Vaya usted á saber en dónde estará!

BUEN. (*Recogiendo el sobre y leyéndolo.*) Aqui está. A ver... al señor Con... Con... de... (*Abrazando á Roman.*) ¡Ay amigo de mi alma!

ROM. ¿Qué le pasa á usted?

BALB. ¿Qué es esto?

BUEN. (*Dándoles el sobre.*) Lean ustedes.

BALB. ¿Para qué?

ROM. Ya sabemos lo que dice.

BUEN. ¡Qué han de saber ustedes! ¡Esta carta no era para mí!

ROM. ¿No?

BALB. ¿Pues para quién?

BUEN. Para ese extranjero que ha venido á ver los jardines.

BALB. ¿Para lord Stickness?

BUEN. Para el mismo.

ROM. ¿Pero cómo es posible?..

BUEN. ¡Toma! ¿No vé usted que fué Fabricio el encargado de darle la carta?

ROM. ¡Es verdad; seria la vez primera que hubiese él acertado á cumplir un encargo.

BUEN. ¡Estúpido! ¡Exponerme á tener un altercado con mi mujer! ¡A causar la desgracia de Leon y de mi sobrina! ¡Si le echo la vista encima!..

BALB. No, no debe usted despedirle, ni reñirle siquiera, porque con su torpeza ha evitado una gran desgracia.

BUEN. ¿Cómo?

BALB. Si el Conde hubiera sabido...

BUEN. ¡Es verdad!

ROM. No es decible lo que usted y todos tenemos que agradecer la torpeza de Fabricio.

BUEN. ¡Y tanto!

BALB. Nada, nada, olvido y perdon para lo pasado.

ROM. Si, y á recobrar su calma, su tranquilidad.

BUEN. Eso es, eso es, vamos á reirnos, ¡já, já, já!

ROM. (*Ap. á Balbina.*) Pobre diablo, si supiera...

BALB. (*Ap. á Roman.*) Calle usted, por Dios. (*Fabricio aparece por el fondo con una carta en la mano.*)

BUEN. (*Al ver á Fabricio se levanta de la silla en que se habrá sentado, riendo, y se dirige á él con aire amenazador; pero contenido por Balbina, que le tira de la levita y por los gestos de Roman, toma la carta tranquilamente y le hace señas de que se vaya.*) ¡Misera!..

BALB. ¡Por Dios!

ROM. ¡Prudencia, calma!

BUEN. ¿Qué se ofrece?

FAB. Esta carta para usia.

BUEN. (*A Fabricio.*) Vete. ¡Milagro será que no haya hecho otra por el estilo! (*Mirando la carta.*) ¡No lo dije! (*Leyendo.*) A la señora de Monteverde.

BALB. ¡Una carta para mí!

BUEN. (*Alargándosela.*) ¡Claro está! Cuando Fabricio me la en-

tregó á mí, de presumir era que seria para otra persona.

ROM. (¡Qué útiles son á veces los tontos! Nos salvan de los mayores peligros, por instinto, como los perros de Terranova.)

BALB. (*Leyendo.*) ¡Dios mio! ¡No me faltaba mas que esto!

BUEN. ¿Qué hay? ¿otra desgracia?..

BALB. No, no... permita usted... (*Llevándose á Roman aparte, y mostrándole la firma de la carta.*) ¡El negocio se complica! ¡La situacion es cada vez mas apurada! ¡Mire usted!

ROM. ¿Qué dice aqui?

BALB. Edmundo Brother Esquire: es la firma de esta carta.

ROM. ¿Y otro inglés el que la escribe?

BALB. No hay mas, sino que está en guerra conmigo toda la Gran Bretaña. Oiga usted. (*Leyendo.*) «Señora: Soy »hermano de lady Stickness: si el injusto agravio que »se ha hecho públicamente á su fama no queda des»mentido públicamente mañana mismo, tendrá el ho»nor de pedir la satisfaccion de esta ofensa al señor de »Monteverde su atento servidor, etc., etc. Edmundo »Brother Esquire.» ¿Qué le parece á usted?

ROM. Lo peor posible.

BALB. ¡Y lo dice usted con esa frialdad! ¡Matar á mi marido! Pues qué, ¿no hay mas que matar á una de las lumbreras del foro de Madrid?

ROM. ¡Protestaria el colegio de abogados en masa!

BALB. ¡Protestaria su mujer, que puede mas que todos los colegios del mundo! ¡Protestará! ¡Protesta! ¡Mañana, esta noche, ahora mismo voy á denunciar al Conde y su cuñadito como propagadores del oro inglés, fautor de revoluciones!

ROM. ¿Y si el embajador?...

BALB. Intrigaré para que le den sus pasaportes.

BUEN. (*Acercándose.*) ¡Aqui viene el inglés! (*Se va hácia el fondo á recibir al Conde.*)

ROM. (*A Balbina.*) A ver si hablando pueden ustedes entenderse.

BALB. ¡Hablarle yo! Ni una palabra me ha de sacar... porque si hablo... ¡Mas vale callar!

ESCENA IV.

DICHOS, *el* CONDE *y* D. VENANCIO.

CONDE. (*A D. Buenaventura.*) Viva usted seguro de que llevo un recuerdo muy grato de su amabilidad y de sus jardines.

BUEN. Señor Conde...

CONDE. Son magníficos.

VEN. ¡Son el reino de Flora!

BUEN. (*Al Conde.*) ¡ onque las camelias... (*Siguen hablando.*)

VEN. (*A Balbina.*) Señora, aquí tan solitaria...

BALB. Sí.

CONDE. (*Mezclándose en la conversacion.*) ¿Ha paseado usted mucho?

BALB. No.

VEN. Esta alfombra de flores... la bóveda azulada del cielo...

BALB. ¡Pse!

CONDE. ¿Está usted indispuesta?

BALB. ¡Cá!

ROM. (¡Bravo! ya no sabe decir mas que monosílabos.)

CONDE. (*Observando á Balbina*) (¡Hola! Parece que no quiere hablar. Ella hablará.) (*A D. Buenaventura.*) Caballero, antes de separarme de usted debo pedirle que me perdone una falta que voy á confesar.

BUEN. ¿Una falta?

CONDE. Sí, señor: no fué mi principal objeto al venir á esta casa visitar sus jardines: me trajo á ella el deseo de acabar de perseguir á esta señora, á quien hace ocho dias que suplico en vano que me diga un nombre, que sé ya que no puede decirme.

BALB. ¿Cómo?

BUEN. No entiendo...

ROM. (Ni yo tampoco lo entiendo ahora.)

CONDE. Esta señora, á quien por lo visto faltaba el otro dia materia para la conversacion, se entretuvo en relatarnos cierta aventura, en la que figuraban ciertos seres creados por su imaginacion, que debe ser muy fecunda.

BALB. Señor mio... se me figura que, olvidando usted el respeto que se debe á las señoras, trata de desmentir...

CONDE. ¡Líbreme Dios de tal cosa! Digo simplemente que creo

que trató usted de chancearse, y que por lo tanto desisto de averiguar el nombre del jóven *á quien usted no encontró* en la Fuente Castellana con una señora... *que usted no vió allí.*

BUEN. (*Dándose un golpe en la frente.*) ¡Ya!

ROM. ¡Silencio, don Buenaventura!

BALB. (¡No hay paciencia! ¡El marido me insulta! ¡el hermano quiere matar á mi marido!... ¡Ah, qué idea!). (*Se tranquiliza su fisonomia y mira á Roman sonriendo.*)

ROM. (*Acercándose á ella.*) ¿Qué?...

BALB. (*A Roman.*) ¡He triunfado!

ROM. (¡Esta mujer está loca!)

CONDE. (*Separándose de D. Venancio, que hablaba en voz baja.*) Conque señora...

BALB. (*Fingiendo enojo.*) Caballero, resuelta á no sufrir la acusacion que envuelven las palabras que acaba usted de pronunciar delante de estos señores, voy á revelar á usted el nombre que tanto desea saber.

CONDE. ¡De veras!

BUEN. (*A Roman.*) Yo no debo consentir... Leon va á ser mi sobrino político...

ROM. ¡Chis!

BALB. Sé muy bien que puede traer tristes consecuencias lo que voy á decir; pero no me es dado sacrificar mi fama á una falsa generosidad que hace ocho dias que me proporciona graves disgustos. El nombre que usted desea saber, caballero, es el de un compatriota suyo.

CONDE. ¿Que se llama?...

BALB. Edmundo Brother.

CONDE. ¡Mi cuñado!

BALB. ¿Qué?

ROM. (¡Buen golpe! En efecto, las mujeres son el sexo fuerte.)

BALB. ¿Era hermano de milady?

CONDE. Si, señora, su hermano.

VEN. (*A Roman.*) ¿Qué estan diciendo?

ROM. ¿Qué nos importa á nosotros?

BALB. Puesto que usted dice que es su hermano...

CONDE. ¡Vaya si lo es!

BALB. No, si yo no digo...

CONDE. (*A D. Buenaventura.*) ¿Cómo le probaria yo á esta señora que quien hablaba con mi mujer era su hermano?

BUEN. ¡Si ella no lo duda! (*Volviéndose á Roman.*) Como que

ambos son hijos de Adan.

ROM. (¡Pues miren el otro! ¡Señor! ¿estaremos tan ciegos todos los del gremio conyugal?)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, LEON, *á poco* EUGENIA *y* CLARA.

LEON. (*Entrando.*) ¡Roman!... (*Quedando cortado al reparar en D. Buenaventura.*) ¡Ah! ¡Don Buenaventura!

ROM. (*Procurando que Leon le comprenda.*) ¿Vienes á buscarme para que te acompañe, como me propusiste, á salir al encuentro á esas señoras?

LEON. Yo...

ROM. Nada, vé tú solo; yo me quedo aqui con don Buenaventura, y monta un buen caballo supuesto que es tu deseo venir acompañándolas la mitad del camino.

BUEN. Si, si, querido Leon; vaya usted cuanto antes, que no menos impaciente que usted estará cierta señorita, que saldrá ahora tal vez por la puerta de Toledo.

LEON. (¡Qué vergüenza!)

BUEN. No tenga usted ese aspecto tan lúgubre. (*Señalando al Conde.*) No sabe nada, la carta la he recibido yo; la tengo en mi bolsillo.

LEON. ¡Usted!...

ROM. (*Cogiendo del brazo á D. Buenaventura.*) Oiga usted.... (si no me lo llevo, echa el otro á perder toda mi obra.) (*Se acercan hablando entre sí al Conde y Balbina, que estan dándose las manos con aire de reconciliacion.*)

ROM. ¡Hola! ¿Parece que los antiguos contendientes?..

BALB. Celebran un tratado de paz.

CONDE. Que yo observaré fielmente procurando que lo sea tambien de amistad.

VEN. ¡La amistad es hija del cielo!

BUEN. Señor Conde, espero que tenga usted la bondad de venir á favorecernos el miércoles próximo, que se casa mi sobrina.

CONDE. Recibiré en ello merced.

LEON. (*A Roman.*) Pero, ¿no sabe?...

ROM. Deja que te casen, ¿qué te importa lo demas?

LEON. Pero, ¿quién me ha salvado?

ROM. El arrepentimiento de tu falta y la pureza de tu amor á

Consuelo. No pienses mas que en ella, y tu conciencia estará tranquila.

LEON. Si, si, ¡Consuelo mia, cuánto bien le debo! (*Entran Clara y Eugenia.*)

CLARA. Pues yo digo que no pueden hacer un matrimonio feliz, porque siendo Leon rico y no teniendo ella nada.

BALB. (*Cogiendo á Eugenia de la mano, con cuya accion interrumpe á Clara, que pasa al lado de su padre.*) Hora es esta de reconciliaciones. (*Uniendo las manos de Eugenia y Roman, á quien le dice ap.*) ¿Será usted menos contentadizo que don Buenaventura y el Conde?

ROM. Balbina, evitemos comparaciones odiosas. (*Siguen hablando los tres.*)

CLARA. (*A su padre.*) Papá, ¿ha averiguado usted si es el Conde soltero?

VEN. Está desposado, y aun tiene progenie, segun me ha dicho.

CLARA. (¡Qué lástima!)

EUG. (*A su marido.*) ¿Recobraré por completo tu confianza?

ROM. Por completo; pero... (*Imitando la accion de callar.*)

EUG. Descuida.

BALB. Yo me encargo de aconsejarle la discrecion.

ROM. ¡Usted!

BALB. Yo. De hoy mas, no hablo una palabra con nadie.

BUEN. ¿De veras?

CONDE. ¿Por qué?

BALB. ¿Hay medio de hablar, por bien inocentemente que se hable, sin que se dé alguien por agraviado? Se habla de los hombres, y se ofenden sus mujeres; se habla de las mujeres, y se ofenden sus maridos; se habla... hable usted auque no sea mas que del tiempo, y ofende usted de seguro á los redactores del almanaque. Nada, nada, me condeno á silencio perpétuo.

ROM. Sin embargo, una palabra... (*Señalando al público.*)

BALB. Ni media.

ROM. (*Cogiéndola de la mano y presentándola al público.*) ¿Cómo? ¡A ver si calla usted ahora!

BALB. (*Da á entender con su accion lo comprometida que se vé y dice dirigiéndose al público.*)

Trémula á vosotros llego,
yo que pronto seré muda;
pero esta razon me escuda

para que atendais mi ruego.
¡Un recuerdo, en mi sosiego
callado, tener quisiera!
en esta la vez postrera
que os he de hablar en mi vida,
¿me dareis por despedida
una palmada siquiera?

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 29 de Mayo de 1858.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. ANGEL MARIA DACARRETE,

Que se hallan de venta en las principales librerias de España y de Ultramar.

UNA HISTORIA DEL DIA, drama en cinco actos y en prosa.

AL CABO DE LOS AÑOS MIL... proverbio en un acto y en prosa.

MAGDALENA, drama en tres actos y en verso.

MENTIR Á TIEMPO, zarzuela en un acto y en verso.

PODEROSO CABALLERO ES D. DINERO, comedia en tres actos y en prosa.

JULIETA Y ROMEO, drama en cuatro actos y en verso.

POR LA BOCA MUERE EL PEZ, comedia en tres actos y en prosa, arreglada del francés.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

o de los años mil...
de antesala.
do y Eloisa.
rse à la orilla.
n.
a.
s de odio y amor.
os del alma.
despues do la muerte.
jor cazador...
ue quieren las cosas
es sueño.
a de cuervos.
a de herencias.
, poder y pelucas.
por señas.
é de la letra.

o viaje.
eca, *drama heróico*.
la de reinas.
la flamenca.
s mal adquiridos.
sar.

ares y Guevara.
s suyas.
nidades.
o dos gotas de agua.
razon y sin razon.
o se rompen palabras.
pirar con buena suerte.
mes, parientes y amigos.
el diablo á cuchilladas.
umbres politicas.
rastes.
ina.
os IX y los Hugonotes.

obrinos contra un tio.
udaces es la fortuna.
hijos sin padre,
rimo Segundo y Quinto.
Sancho el Bravo.
Bernardo de Cabrera.
artistas.

mor y la moda.
á loca!
naugas de camisa.
ue no cae... resbala.
iño perdido.

El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espias de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes.
El ciego.

Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.

Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcou.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofóbia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado

La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
Las mujeres

El mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.

Una venganza leal.
Una coincidencia alfab...
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marid...
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrer...
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandid... Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calcsero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.

El delirio (drama lírico).
El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.

Guerra á muerte.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
La huérfana.

La Jardinera.
La hija de la Providenci...
La Roca negra.
Los jardines del Buen Re...
Loco de amor y en la cór...
Los diamantes de la Coro...

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hi...
Tres para una.

Un sobrino.
Un dia de reinado.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm... cuarto segundo de la izquierda.